

Los Misterios
DE LONDRES.

Tomo 20 de la Coleccion.

S A18 01178-3

Los Angeles

1937-1938

litin 640692
R 176062(12)

Tom 20 de la colección

Los Misterios
DE LÓNDRES,

NOVELA DE

SIR FRANCISCO TROLOPP,

traducida

POR D. RAFAEL DE CARVAJAL.



VALENCIA : 1845.

LIBRERÍA DE CASIANO MARIANA,
calle de la Lonja de la Seda.

Los editores

DE LOS

DE LA

DE LOS

Es propiedad del Editor.



VALLETA: 1818

Imprenta de D. Benito Mousfort.

Mac-Nab.



L cabo de un rato de penosa ansiedad dejó caer el laird su cabeza con abatimiento, y fijando en Stephen sus pasmados ojos, añadió bruscamente:

—¿Y despues?... oye lo que sucedió, sobrino.... El demonio cubrió la luna con un crespon negro, y desaparecieron de mi vista la sangre y las luces.... y no pude ver ya mas que las pálidas formas de los cadáveres sumergidos en agua negra....

Quise seguir nadando, pero se arrojaron sobre mí los condenados, y mis brazos y piernas se quedaron como de piedra con su helada presión, y se cerró sobre mí el agua.... Yo hubiera querido morir, pero los marineros del Támesis me sacaron á la orilla.... ¿Para qué, sobrino mio?... ¡por que debo matar á Fergus, á mi hermano Fergus, á quien tanto amo!

—¿Y por qué quereis matar á vuestro hermano Fergus? le preguntó Stephen con mucha dulzura.

—¿Por qué quiero matar á Fergus? exclamó el laird, admirado de que le hiciese tal pregunta: ¿y eres tú, Mac-Nab, quien me pregunta por qué quiero matar á mi hermano Fergus?... ¿Con que á ti no te habla la voz de los sueños, sobrino?.... ¿Nunca has visto á tu padre entre la visiones de la noche?...

—¡Explicaos, señor! dijo con viveza Stephen que se habia puesto pálido; ¡explicaos, por Dios!

Angus no reparó en este ruego, y siguiendo el hilo de su manía favorita, añadió:

—Yo lo veo todas las noches.... y me dice: ¡sangre por sangre!... Y sé muy bien que lo veré lo mismo hasta que haya dado muerte á Fergus O-Breane.

—¡O-Breane! exclamó Stephen asiendo la mano del laird con violencia.

Este hombre equivalia para él á una revelacion, porque era así como habia llamado su padre al hombre enmascarado que llevaba las dos armas la noche de su muerte, y arrodillándose en seguida á los pies de su tio, y conteniéndose cuanto pudo, le dijo:

—¿Y vos sabeis dónde está, no es verdad? ¿y vos me direis dónde se oculta ese O-Breane?

Angus se tendió sobre la alfombra, y apoyó la cabeza contra la cama de Ana, murmurando con voz soñolienta:

—Estoy muy fatigado.

—¡Tio mio!... ¡Mac-Farlane! le decia Stephen, ¡una sola palabra por piedad, una sola palabra!

Angus cerró los ojos, y medio dormido tartamudeó:

—Tiene un corazon esforzado y gene-

roso, y un gran entendimiento.... Me acuerdo muy bien.... Sus palabras disipaban las tinieblas de mi cerebro... ¡ Sé todos sus proyectos, todos! Me llamaba su hermano, y sé todos los misterios de su conciencia.... Sus planes son vastos como el mundo.... ¿Quién ha pronunciado el nombre de O-Breane? Es mas que hombre.... es casi un Dios.... ¡ Maldito sea el que lo detenga en su carrera!... ¡ Escuchad! la voz de los sueños habla.... ¡ Escuchad! el maldito serás tú, Angus!... ¡ Será tu sangre.... tu sangre y tu carne!...

Stephen se aprovechó del abatimiento profundo en que cayó Angus Mac-Farlane despues de sus últimas palabras, para lavar sus llagas y curarle del mejor modo. El laird habia dicho bien, su cuerpo estaba materialmente cubierto de contusiones y heridas. Las unas provenian de su lucha con Bob-Lantern, y las otras mas recientes eran resultado de su fuga de Iris-House, y del camino peligroso que habia tomado para evadirse de allí. Otras, en fin, las habia recibido en el combate largo y encarnizado, sin duda, que habia sosteni-

do en la posada del *Rey Jorge*, contra Gruff y su muger. Este último choque, que contaba él á su manera, y de que solo conservaba su turbada memoria el funesto resultado, debió presentar peligros terribles, porque él carecia de armas mientras que sus adversarios estaban ambos armados, y antes de estrellar una contra otra con la fuerza que dá la manía, las cabezas de maese Gruff y su muger, habia tenido que sostener numerosos y temibles asaltos. Esto era tanto mas seguro cuanto que los mesoneros del *Rey Jorge* estaban fuertemente interesados en deshacerse de un testigo de su crimen.

Cuando Stephen hubo acabado su curacion, acercó á los labios de Angus un frasquito de cordial, porque su cólera, medio descubierta, solicitaba ardientemente una revelacion mas completa, y queria volver al laird la facultad de hablar.

No hay que olvidar que Stephen antes de esta entrevista tenia sospechas que las recientes palabras de Angus venian á confirmar, sospechas que iban mas allá de las casi revelaciones del laird, pues que ataca-

ban la persona del marqués de Rio-Santo.

Stephen volvió á empezar su interrogatorio, pero sabiendo por experiencia que una pregunta directa pasaria ciertamente por encima de la conmovida inteligencia de su tío, y temiendo por otra parte vagas sospechas de los lazos misteriosos é inespliables entre Mac-Farlane y este hombre que perseguia su idea fija, tomó un camino estraviado.

—Tío, le dijo así que estuvo Angus en estado de oírle, vamos desde ahora á unir nuestros esfuerzos para hallar mis dos primas, y espero que lo conseguiremos.

El laird meneó la cabeza.

—Yo padezco mucho, murmuró él, mi corazon sangra todavía mas que las llagas que tengo en el pecho y en el cráneo, Mac-Nab.... Las he visto á entrambas en la barca, y las he visto tambien en sueños.... Están muertas.

—No, que están vivas, Mac-Farlane. Esclamó Stephen tomándole las dos manos; yo tambien trabajo por hallarlas hace ocho dias, y la acusacion de indolencia que me haceis no es merecida.... He buscado por

mí mismo y por otros, y si no he hallado la pista, á lo menos he adquirido la prueba...

—¿Qué prueba? interrumpió el laird en un momento de razon. Lóndres es vasto, ¿y quién sabe dónde se pueden ocultar dos cadáveres?

—He buscado, os digo, replicó Stephen, he buscado con el ardor paciente de una madre que ha perdido su hijo... ¿Clary no debe ser mi muger?

Angus dejó su postura soñolienta y miró fijamente al jóven médico.

—Mi sobrino, respondió él, yo no os conozco.... ¿Clary os ama?

—¡Ah, señor! repuso Stephen, no estamos ahora para discutir los preliminares del matrimonio.... Clary es una muchacha amable y noble.... Su corazon tiene secretos que los acontecimientos no me han dado tiempo de penetrar.... Pero volvamos al triste asunto que debe ocupar toda nuestra atencion.... Vuestras hijas viven; hay dentro de mí una cosa que me lo está diciendo.... Estoy seguro de eso.

Angus echó sus brazos al rededor del cuello de Stephen.

—¡Gracias! tartamudeó con las lágrimas en los ojos, gracias, sobrino.... También Mac-Nab me consolaba otras veces cuando la desesperación me abrumaba.... ¡Ojalá digáis verdad!... y si la decis Dios os haga feliz con toda la dicha que no pudo disfrutar el hermano de vuestra madre!

—¡Valor, Mac-Farlane! ¡valor! repuso Stephen aprovechándose de aquel buen movimiento de emoción; yo sé otra cosa aun.... yo sé que existían entre Clary y un hombre poderoso lazos misteriosos....

—¡Lazos misteriosos!... repitió el laird admirado.

—Cierta cosa que ni vos ni yo podríamos comprender, prosiguió Stephen, cierta cosa novelesca y extraña que no puede arrojar la sombra de una duda sobre la pureza angelical de mi pobre Clary.... Pero este hombre, os digo, es poderoso, y Clary es muy bella!!....

—¿Y pensáis que sea ese hombre el que ha robado mi hija, sobrino? preguntó friamente el laird.

—Sí lo pienso, señor.

—¿Y Ana?

Stephen estuvo un instante sin responder, porque en el estado en que se encontraba Mac-Farlane no podía esperar la inflexible lógica de esta objecion.

— Ana... dijo él por fin balbuciente.

— ¿Pensais acaso, señor, interrumpió el laird de pronto, que ese hombre las haya robado á ambas?

Stephen vaciló de nuevo.

— Así lo creo, señor, respondió él segunda vez.

Angus frunció las cejas.

— ¿Y sabeis cómo se llama ese hombre, señor?

Stephen hizo una señal afirmativa.

El laird, que se habia levantado, dió un paso atrás y le dirigió una mirada de desprecio.

— Mac-Nab era un abogado, dijo él como si hablase consigo mismo; pero tenia un corazon valeroso.... ¿Cómo es que su hijo es un cobarde?

Y como Stephen quisiera contestar, le cerró la boca de un gesto.

— Habia dos jóvenes al cuidado de vuestra madre, señor, prosiguió él con voz in-

dignada, estas dos jóvenes, que una de ellas era vuestra prometida, han sido robadas. ¡Vos sabéis el nombre del raptor y estais tranquilo junto á mí!....

— ¡Tio, exclamó Stephen, vos no sabéis!....

— ¿Qué puedo saber yo?.... Por mas que os mire, no veo que tengais ninguna herida.... No os habeis atrevido á tomar venganza del ultrage....

— Señor, interrumpió Stephen con autoridad, antes de que vertais sobre mí á ciegas el desprecio y el insulto, es menester que me oigais... ¿A quién falta ese valor comun que consiste en tomar una espada y en jugar la vida á la suerte de un duelo?.... En cuanto á un asesinato sin combate, como habeis dicho muy bien, ni padre tenia un corazon valeroso y yo pretendo marchar sobre sus huellas.... Creedme; en Lóndres y contra ciertos hombres, el hierro es un arma impotente á la que solo se puede acudir en causa desesperada y cuando han fallado todos los otros medios.... He ensayado luchar, pero yo soy débil, y ese hombre es fuerte.... No,

no, puedo aseguraros, por mi honor, que no es el valor lo que me ha faltado... ¿pero qué camino queda que tomar? ¿qué magistrado ha de acoger una acusacion vaga, desnuda de pruebas, intentada por un oscuro físico contra el señor mas opulento de los tres reinos?... Os causa compasion Mac-Farlane, y pensais que la espada vale mas que los tribunales.... ¡Pues bien! yo tambien, ya que es preciso decirlo, he pensado en la espada; he ido con el corazon lleno de cólera á llamar á las puertas del palacio de este hombre. Me han negado la entrada. Le esperé sentado sobre el escalon de la puerta y no vino. Le dirigí un billete de desafio y no he tenido contestacion.

—¿Es acaso un príncipe? murmuró el laird.

—Mas quisiera que fuese un príncipe, respondió Stephen.

—¿Pero quién es por fin? exclamó el laird admirado, ¿cuál es su nombre?

Mac-Nab antes de responder fijó sobre su tio una mirada penetrante y escrutadora; despues, sin separar de él la vista,

pronunció el nombre del marqués de Rio-Santo.

El rostro de Angus se puso lívido; sus ojos se hundieron, sus labios se removieron convulsivamente sin articular ningun sonido.

Stephen respiró largamente. El golpe estaba dado y él sabia ya lo que queria saber.

Así que escuchó con avidéz, pero sin manifestar la menor admiracion, las palabras que el laird dejó escapar en su turbacion.

Acababa él de tocar, no por casualidad, sino por consecuencia de la táctica que habia usado de sangre fria, el punto donde concluian y se referian sus sospechas. El velo medio descorrido que se interponia aun entre Rio-Santo y su odio acaba de romperse de repente....

Angus se habia sentado aterrado sobre el lecho de Ana y repitió dos ó tres veces en voz baja el nombre de Rio-Santo, como si quisiera hacer entrar en su cerebro una idea rebelde: despues juntó las manos sobre las rodillas é inclinó la cabeza hácia adelante.

— ¡Esto no es posible! murmuró él; ¡Fergus deshonrar las hijas de Mac-Farlane!.... ¿Para qué he de pensar mas en esta odiosa mentira?... Estoy armado para matarle, pero no puedo permitir que se le calumnie.... ¡Por el nombre de Dios! joven, ¡si no fueras hijo de mi hermana te hubiera castigado de seguro por haber acusado delante de mí á Fergus O-Breane!

— Yo bien sé todos los miramiento que debo al asesino de mi padre, dijo Stephen con frio sarcasmo.

— ¡Es cierto! articuló Angus que se estremeció como si hubiese puesto el pie sobre una serpiente.

— Y yo solamente os he hablado, prosiguió Stephen, del marqués de Rio-Santo.

¡Es cierto! dijo otra vez el laird.... Os pido que me escuseis, sobrino, pero responded, os lo pido de gracia.... ¿Qué es lo que os induce á creer que el raptor de mis hijas es el marqués de Rio-Santo?

— Lo único que puedo deciros es que yo lo sé, replicó Stephen.

Angus puso un dedo sobre la frente y pareció reflexionar profundamente.

— Pero vuelvo á deciros que es imposible, exclamó él despues de algunos segundos; yo le conozco ¡le conozco.... bien!... ¡Mac-Farlane es el único hombre á quien él ama!

— ¿Y conocia él las hijas de Mac-Farlane? preguntó Stephen con una sonrisa cruel.

— ¡Oh! ¡cierto! ¡cierto! dijo por tercera vez Angus, cuyos ojos se humedecieron. Matarle, esto no era nada.... ¡pero aborrecerle!...

— Por mi honor Mac-Farlane, exclamó Stephen conmoviéndose al fin, le aborreceréis y no le matareis.... A mí es á quien queda este cuidado.

— Callad, sobrino.... yo le mataré. La voz de los sueños no puede mentir.... En cuanto á concebirle odio, mi corazon está demasiado habituado á amarle..... Hace veinte años que le amo... y sin embargo... ¡oh!... ¡hijas mias! ¡hijas mias!

Angus se tapó la cara con las manos.

— Mis hijas son bellas, exclamó de repente. ¡Ah! su vida entera está ahí para acusarle.... ¡las mugeres!.... ¡las muge-

res!.... Os creo, Stephen, él es!.... ¿No necesitó siempre para halagar su insomnio de una sonrisa virginal?... ¡Mis hijas son bellas!... ¡Ah! ¡le aborrezco, le aborrezco!

Y levantóse echando á andar por la habitacion á largo paso.

—Y además, ahora que me acuerdo, añadió, el hombre de la barca era de los suyos.... Yo vi su figura asquerosa... tengo en los labios su nombre maldito.... ¡Y Gruff mismo!... La posada del *Rey Jorge* era una de sus guaridas.... ¡Mi hermosa Clary!... ¡mi amable Ana!... ¡Stephen! ¡Stephen! ¡vamos á vengarnos!....

Dió segunda vez una vuelta al rededor del cuarto y despues fue á sentarse en frente de Mac-Nab. La espresion de su fisonomía estaba completamente cambiada. A pesar de sus heridas, á pesar del estrechado desórden de su barba y de sus cabellos, reinaba en su semblante una calma imponente á la vez que terrible.

—Teniais razon, sobrino, dijo con lentitud; contra el marqués de Rio-Santo el hierro es un arma insuficiente é ilusoria.... Era bueno cuando yo le amaba... Al

presente no se trata ya de una venganza faláz, de un castigo acordado.... Mi brazo herirá empujado por mi voluntad.... Escuchadme.... Los magistrados que no acogiesen vuestra acusacion acogerian la mia; yo os lo juro, porque la mia no será una acusacion ordinaria y hará temblar sobre el trono á S. M. el rey de Inglaterra.... ¡Ah! yo sé cosas extraordinarias, sobrino... cosas lindas á fe mia, con las que se puede matar á un hombre como si se tuviese en la mano el rayo de Dios... ¿Teneis vos amigos?

—Tengo uno, respondió Stephen.

—¡Que el cielo os le conserve, sobrino! ¿Teneis servidores?

—Si se trata de una espedicion, puedo procurarme hombres seguros y que me serán fieles.

—Se trata en efecto de una espedicion: dijo el laird, y necesitamos hombres fieles y seguros.

—Entonces, replicó Stephen, seguidme tio. Estos preparativos no pueden hacerse en la casa de mi madre, que está enferma y necesita reposo.

Bajaron juntos la escalera y la vieja Betty se admiró mucho de ver salir con Stephen un personage de figura rara y aterradora, á quien no habia ella abierto la puerta de la calle porque el laird habia entrado desapercibido en la casa de su hermana detrás del criado de Frank.

Stephen mandó traer un cabriolé, y media hora despues el tio y el sobrino bajaban á la puerta de Dudley-House.

Frank acababa de entrar muy gozoso porque habia visto á miss Diana Stewart y oido de su boca lo que no le pudo explicar el viejo Jack. Mary revivia, y contra todas las previsiones de la ciencia, el mal misterioso y terrible de que estaba acometida parecia ceder poco á poco. El doctor Moore no la habia visto despues de dos dias, de manera que milagrosamente habia evitado así la temida catástrofe como la aplicacion del remedio mortal (choque galvánico) que el práctico habia querido ensayar en ella.

Angus, Stephen y Frank pasaron la mayor parte de la noche en conferenciar entre sí.

Al siguiente día se introdujeron en **Dudley-House** unos veinte hombres, donde recibieron instrucciones y dinero.

A eso de las cinco de la tarde, estos mismos hombres armados debajo de sus vestidos, fueron á apostarse en **Belgrave Square**, divididos en pequeños grupos delante de la fachada de **Irish-House**.

Stephen y **Perceval**, envueltos en sus capas, esperaban á uno de los ángulos de la reja del **Square**.

Angus Mac-Farlane acababa de dejarles para subir la magnífica escalinata del palacio del marqués de **Rio-Santo**.



CAPÍTULO.

Qua.

LA casa del caballero Angelo Bembo daba á Hyde-Park-Corner. Era una bonita habitacion que no habia salido seguramente de la pesada escuadra de un arquitecto inglés ; pues su construccion revelaba un sentimiento de armonía y de arte desconocido enteramente de nuestros albañiles de Lóndres. Quizás era la obra de uno de esos pobres desterrados de Italia, arruinados en el juego pueril y melodra-

mático de las conspiraciones de los carbonarios, espiando con la miseria el inocente placer de haber jurado odio á todos los tiranos sobre un puñal en compañía de muchos agentes de policía en una cueva de Nápoles ó de Roma, retoños débiles y malos de un tronco fuerte en otro tiempo, ruinas en fin, pero ruinas poéticas y hermosas.

Con efecto, en esa pobre casita que parecia tener frio y arrecirse bajo la pesada humedad de nuestra atmósfera, veíase como un recuerdo de las puras líneas de las ciudades florentinas. Era propiamente una desterrada de Italia, mal colocada entre las nieblas de nuestro clima, como los hijos frívolos de la Italia conquistada se hallan mal colocados en medio de nuestra vida positiva y la pesada prosa de nuestros negocios.

Bembo habia escogido esa habitacion por instinto y á la manera que uno se acerca á un amigo encontrado; pues era un recuerdo de su patria.

Cuando Angelo no pasaba los dias en Irish-House junto al marqués de Rio-

Santo, se retiraba á un pequeño salon amueblado con gusto esquisito, y cuyas vidrieras daban á un terraplen que dominaba las sombras de Hyde-Park. Daba alguna fuerza á los pálidos rayos del sol británico la cúpula, toda de vidrieras, que habia en el terraplen, donde crecian hermosas flores tambien desterradas y exhalando bajo un cielo estrangero los desvirtuados átomos de sus perfumes disminuidos.

En torno de la sala colgaban algunos de esos cuadros oscuros á la vista vulgar, pero relucientes en ingenio, y que despues de muchos siglos conservan el reflejo luminoso del pensamiento del artista. El mismo Bembo habia elegido aquellos cuadros por delante de los cuales hubiera pasado un caballero cincuenta veces, sin ver en ellos otra cosa que colores empañados y rodeados de un marco dorado, si Bembo no hubiese esclarecido su autenticidad. Mas una vez establecida esta, el mismo caballero no podia hallar tiempo bastante para admirarlos, y sabe Dios que hubiera dado mil libras por el mas mediano de entre aquellos cuadros.

Porque Rafael se moriria de hambre en nuestro pais si no tuviese en la faltriquera su fe de bautismo; y al contrario un pintor de brocha gorda, provisto del pasaporte de Rafael, segurísimamente ganaria millones.

Nosotros somos bárbaros con corbatas blancas y botas charoladas, y la mas sublime como la mas sincera espresion de la Inglaterra artística es el viajador que en su ilustrada admiracion rompió una de las columnas del templo de Diana, con el objeto de llevarse un pedacito á Lóndres. Y es sabido que en Italia deben poner centinelas de vista á las antiguallas á fin de impedir que Jonh-Bull les quite un dedo de la mano ó del pie para decorar su chimenea.

Entre los cuadros que adornaban las paredes, llamaban la atencion dos admirables retratos, de los cuales el uno representaba á Andrés Bembo, senador, miembro del consejo de los Diez, y provecdor del Archipiélago en el siglo décimo-sexto; el otro con la cabeza adornada del birrete encarnado representaba al cardenal Pe-

dro Bembo, el famoso historiador de Venecia.

Enfrente de las ventanas habia una cama de respeto, rodeada de una cortina de seda. En esta cama fue pues donde depositó Angelo Bembo á Ana Mac-Farlane despues de haberla arrebatado del *rincon del lord*. Por de pronto no habia tenido Angelo tal intencion; pues él queria restituir la jóven á su familia, pero Ana, agoviada de cansancio, no habia podido suportar sin desmayarse el choque violento, resultado de su caida contra el empedrado del callejon de Belgrave, cuando el laird, tomándola en su locura por una funesta aparicion, la habia rechazado lejos de él, por cuyo motivo Bembo se vió obligado á tomarla en brazos y trasladarla así á su propia habitacion, siendo cierto que él ignoraba completamente quién era Ana, dónde habitaba, y cuál era el nombre de su familia.

Al cabo de algunos minutos Ana volvió en sí, y exhaló un gran suspiro. Bembo estaba sentado al otro extremo de la estancia, y Ana no podia verle desde la cama de respeto en que estaba tendida.

Se incorporó con viveza y echó una mirada de asombro en torno suyo, mas no causaba su sorpresa la vista de los nuevos objetos que la rodeaban, sino únicamente el hecho de hallarse acostada en una cama despues de haber pasado las noches en un sillón por espacio de ocho días, con el fin de no acercarse á aquella cama grande con cortinas antiguas, que le causaba tanto terror.

El ajuar del cuarto hizo impresion á su vista, pues no se hallaba ya en aquella pieza grande con vastas ventanas, cuyos altos enmaderamientos tan frecuentemente le habian parecido que se movian mirándolos á la dudosa luz de su bugía. ¿En dónde estaba? pasó por delante de sus ojos una espresion de espanto; despues la palidez de su boca fue tomando color poquito á poco con matices rosados, y se abrió con una sonrisa de niño. Conservaba la memoria de alguna cosa y murmuró así: ¡quizás es mi ángel bueno! anoche yo habia orado.... Dios le ha enviado.... ¡Qué bellos son los ángeles, y cuán dulce es su voz! Apoyó su risueña y linda cabeza en la

mano, sin dar sombra de un sentimiento de temor ó de desconfianza. En seguida, fijando la vista sobre las pinturas italianas y en las colgaduras de las ventanas, prosiguió diciendo: yo no sueño, no he visto jamás nada de todo eso.... El me ha librado.... Quisiera verle para darle las gracias....

Bembo, que escuchaba enagenado, inmóvil y conteniendo la respiracion, no se cuidó de responder á tal llamamiento. Las facciones de Ana se cubrieron con una ligera nube, y dijo con cierto pesar: se me figuraba que no habia un hombre tan bello como Stephen, y me engañaba... Es Stephen en comparacion de él lo que son los demás hombres en comparacion de Stephen... ¡Stephen mio! ¡cuán tarde se me hace volverte á ver!

A esta inesperada conclusion Bembo exhaló un profundo suspiro, y retrocedió la esperanza que ya ocupara su alma.

La voz de Ana tomaba un tono lento y perezoso, agitábanse sus largas cejas como si su gravedad hubiese sido harto pesada para sus párpados; los ojos perdian su

brillo y veíase en la sonrisa aquella inmovilidad que en todo semblante es la expresión del sueño inminente. ¡Hacia tanto tiempo que no había puesto su cabeza en la almohada, y sus lindos miembros abatidos por el cansancio de ocho noches tenían tanta necesidad de descanso!...

Sonrojóse Ana ligeramente y murmuró: me guardaré de decir á Clary que lo he tomado por un ángel; pues se burlaría de mí.... ¡Ah! ¡tampoco lo diré á Stephen! añadió con viveza: no sé.... Tengo miedo de encontrarme frente á frente con él.... Su mirada tiene un brillo que es dulce, pero que daña.... Stephen no sabe mirar así.....

Cayó su brazo pausadamente y la cabeza tocó la almohada mientras que balbuceaba: ¡no! ¡no! no diré que lo he tomado por un ángel.... Abuecóse la almohada formando un marco de terciopelo al puro y blanco óvalo del rostro de la muchacha dormida. Escuchó Bembo por algunos minutos, pero Ana ya no hablaba: solo se oía su respiración igual y sosegada.

En la parte exterior empezaba el alba á

diseñar las ramas granizadas de las plantas exóticas que crecían en el terraplen. Bembo se decidió á levantarse y atravesó el cuarto sin hacer ruido. Estaba pálido, pero su frente radiante de felicidad se inclinó sobre el borde de la cama de descanso y juntó las manos como para adorar.

Ana dormía ya profundamente, y en su boca semi-abierta veíanse dos líneas de puro esmalte, entre las cuales pasaba sin ruido la fresca respiracion de su aliento. Las hermosas madejas de sus cabellos sueltos se confundían con el terciopelo de las almohadas, que hacia resaltar los suaves contornos de su cuerpo de vírgen, como el fondo oscuro puesto adrede debajo de un medallon de alabastro.

Bembo sufría una especie de atraccion material, cuyos efectos lentos, pero sensibles, le acercaban poquito á poco á la cabecera de la cama. No es que su voluntad contribuyese en nada á ese movimiento, mas él resbalaba como si en la alfombra hubiese habido un declive. Antes de que él advertiese tal mudanza, ya sus dos manos juntas descansaban sobre el terciopelo

mas inmediato á la manecita de Ana, la cual vuelta por uno de esos estraños efectos de sueño, en que se obtiene un perfecto descanso en posturas incómodas y contra lo natural, ofrecia la palma de la mano medio abierta y parecia que aguardaba otra mano para estrecharla. Y como ese torcimiento de la muñeca por parte de una persona puesta en pie y despierta no puede egecutarse sino por detrás, el ademan de Ana dormida tenia el aire de un sencillo llamamiento de coqueta aldeana, haciendo á hurtadillas un signo de amor.

En alguna parte habrá pintado Greuze esa mano picarilla rodeando sus blancos dedos por detrás de uu fino talle de jóven, con la sonrisa en los labios y la vista en acecho, mientras que la anciana madre en lugar separado hace dar vueltas al huso, y un enamorado espía el instante favorable para colocar un billete en la mano ahuecada, ó imprimirle un rápido beso.

Bembo se inclinó, y sus labios tocaron superficialmente aquellos dedos de rosa, cuyo modelo esquisito resaltaba encima de

la sombra cubierta de la cama donde descansaba. Despues Bembo se ruborizó, se puso triste, retrocedió un paso, y luego se puso de rodillas como para pedir perdon.

El dia iba creciendo y arrojaba su luz siempre viva sobre aquel hechicero grupo de juventud y de candor, admirable en amor y belleza. Bembo inclinaba hácia delante su noble y gracioso rostro. Sus ojos alternativamente brillantes ó velados de ternura, parecian clavados en la sonrisa de Ana. Eran dos criaturas escogidas hechas para amarse, dos cabezas angélicas como sabe ideárselas un poeta en el momento de estro en que la inspiracion lo eleva hasta olvidar la tierra y comprender las cosas del cielo.

Bembo era muy feliz y no aspiraba á mayor alegría; pues la jóven estaba allí, delante de él, debajo de su vigilancia, y él la habia salvado. En aquel momento para él no existia el porvenir ni lo pasado, porque en lo presente hallaba su vida entera, el amor suave y tranquilo, el reposo de la felicidad. No pensaba ni queria pensar, pues era su imaginacion un caos placente-

ro, y así el recuerdo como la esperanza callaban por no turbar la dulce quietud de la hora presente.

Trascurrieron las horas, y al dar el sol de mediodía contra las vidrieras del terraplen, las flores abrieron sus corolas poco vistosas y esparcieron por el ambiente sus odoríferos perfumes. Al percibir Bembo la fragancia de los mirtos y de los naranjos, se estremeció ligeramente, se animaron sus facciones y en sus labios asomó la sonrisa.

Se levantó para arrellanarse en un ancho sillón que estaba al pie de la cama de respeto, tenía la vista lánguida y dejaba caer blandamente la cabeza en el espaldar de su asiento, y sus narices abiertas voluptuosamente, respiraban con embriaguéz los perfumes que á calientes bocanadas le llegaban desde el terraplen. Y continuaba contemplando á Ana por el breve espacio de sus párpados medio cerrados. Pero ahora había en él otra cosa á mas de la felicidad y del descanso; había deseos y esperanza; pues aquellas flores y su fragancia le hablaban de Italia. ¡Ah! ¡cuánto amor debajo de aquel hermoso cielo azul de la Sicilia y de

la Calabria, donde el destierro le habia hecho pasar la infancia! ;Cuánto amor en las doradas playas del Adriático, el mar que presenció los desposorios de sus antepasados!... Ya no se hallaba Bembo en Inglaterra; se perdía con Ana en los bosques de naranjos de Maltela-Vaillante; su vista deslumbrada acariciaba el mármol de los palacios de Palermo ó de Venecia, y Ana estaba siempre junto á él.... Esos dulces ensueños duraron todo el dia, pues la jóven, agoviada por su largo cansancio, no se despertó hasta despues de puesto el sol.

Cuando volvió á abrir los ojos todo lo vió en torno suyo como antes de dormirse: la lámpara encendida ardía encima de una mesa y Bembo no parecia. Se acordó vagamente de los sucesos de la mañana, y se levantó reanimada, arreglándose delante de un espejo los ajados pliegues de su vestido. El espejo le mostró á Angelo sentado detrás de la cama é inmóvil.

Al verle se volvió con prontitud y sonrojada bajó los ojos; mas luego atravesó el cuarto, fue á sentarse al lado de Bembo, y le dijo pausadamente: No me dais miedo,

porque sé que sois bueno.... todo el tiempo que he dormido os he visto junto á mí.... si, erais vos.... Por mas que cambiase de sueño, siempre volvía á vos. Se detuvo, y con alguna tristeza prosiguió así: Vos habeis sido la causa de que no haya soñado con Stephen.

No dejaba Bembo de abrigar algun temor, y por eso la contemplaba con enagenamiento y turbacion.

— Sin duda va á aparecer el dia, dijo Ana por ignorar el tiempo que habia durado su sueño; ¿está muy distante de aquí Cornhill?

— Estoy pronto á acompañeros donde está vuestra madre, respondió Bembo con tristeza.

— No tengo madre, dijo Ana perdiendo su sonrisa; pero me aguardan los que me aman.... mi hermana.... mi pobre tia.... mi primo Stephen.... ¡Marchemos pronto!

— ¿Y quereis ir á Cornhill? preguntó Bembo.

— ¿Acaso lo ignorais? murmuró la jóven admirada. Bembo se sonrojó y guardó silencio.

— Me dijisteis , prosiguió Ana , que veniais de parte de mi primo Stephen.

— He mentido , señora , respondió Bembo con una mirada suplicante ; yo no conozco á vuestro primo Stephen.

Ana se puso en pie ; mas su lindo rostro espresó únicamente la sorpresa sin ninguna mezcla de espanto , y dijo así : ¡ Vos no conocéis á Stephen ! y ¿ á mí me conocéis ?

Bembo se esforzaba por guardar su sangre fria ; mas su sueño habia terminado , y repuso : Ignoro vuestro nombre.

— Me llamo Ana.... ¿ os acordareis ?

— No está en mi poder olvidarle , murmuró Bembo inclinando la cabeza.

— ¿ Y cuál es el vuestro ? prosiguió la jóven volviendo á sentarse ; decidme vuestro nombre para que pueda enseñarlo á Clary y á Stephen.

— A Stephen no , dijo Bembo. Pronunció su nombre , la dulce voz de Ana lo repitió varias veces , y añadió : ¡ No lo olvidaré ! es bello como.... Se interrumpió precipitadamente y mostróse su rubor desde la frente hasta el pecho , permaneciendo luego en silencio. Bembo sufría.

Pasado un minuto, Ana puso su mano en la del jóven caballero, diciéndole: Acompañadme á casa de mi tia, ¿qué importa que vengais de parte de Stephen ó de parte de Dios? Al punto dejó Bembo su asiento.

— ¡Cuánto os amaré Clary! dijo Ana mientras que atravesaban el salon dirigiéndose á la puerta; Clary y Stephen!... Vendreis á visitarnos frecuentemente en Cornhill, ¿no es así?

Bembo sacudió lentamente la cabeza, y la jóven algo triste exclamó: ¡Qué! ¿no quereis volverme á ver mas?... Bien veo que me habeis librado solo porque sois bueno, sin conocerme y como lo habriais hecho por cualquier otra... Vámonos pronto, señor, no quiero abusar de vuestra beneficencia.

¿Por qué motivo Ana hablaba así? Cualquiera que le hubiese dirigido tal pregunta la hubiera puesto seguramente en un apuro. En cuanto á Bembo podemos decir que habia resuelto ocultar cuidadosamente lo que existia en el fondo de su corazon, y el nombre de Stephen, tantas veces repetido,

le afirmaba mas y mas en su vacilante voluntad. ¿Por qué habia de hacer traicion á su amor? Ana tenia otros amores, y á buen seguro habia dado su palabra. Por otra parte acaso aquella misma noche, mañana ó mas tarde se presentaria Rio-Santo pidiéndole la vida; pues se habia consagrado á Rio-Santo antes que al amor.

Influan poderosamente en su carácter leal y caballeresco esos dos motivos que tenia para callar; pero por mas motivos que se tengan para resistir, ¿se resiste nunca hasta el fin cuando se tiene veinte años y el amor entra en la partida?

Y es preciso decir además que Bembo se hallaba allí frente á una tentacion de la especie mas irresistible. Muchos desmayan cuando solo deben dejar de atacar, y Bembo tenia que defenderse, por decirlo así. El sencillo agradecimiento de Ana tomaba todos los visos de una inclinacion naciente é ignorada. No era menester ser tan presumido como las cinco sextas partes de nuestros caballeros á la moda, para ver en la espresion muy viva de ese agradecimiento, toda otra cosa á mas de un puro y sencillo

movimiento de gratitud. Mas en el carácter del caballero Angelo Bembo no habia siquiera un átomo de fatuidad; y si cedió fue porque amaba con pasion; porque se le agotaban las fuerzas; porque su frialdad de algunos minutos, sostenida tan penosamente, habia aniquilado su valor; porque el ímpetu con que su corazon se lanzaba hácia Ana, era demasiado violento para poderlo contener. A las últimas palabras de Ana, que eran un verdadero reproche, Bembo se paró y miróla fijamente; y durante algunos segundos que mediaron antes de contestar, dejó ver en su espresiva y noble fisonomía el esfuerzo del combate que él mismo se preparaba en su interior. Por fin, prorumpió en estas palabras: **Hace una semana, señora, que vivo con vos y por vos. Os he librado porque os amo.... y porque os amo, hoy os veo por la última vez.**

— ¡ Vos me amais, Angelo! repitió miss Mac-Farlane con su encantadora sonrisa; es para mí una felicidad que me ameis.

— No me comprendéis, murmuró Bembo.

— Es verdad, dijo Ana; comprendo que se libra á una persona que uno ama, y

á quien se vé sufrir... ¿mas por qué motivo querer apartarse de ella?

—Para no amarla mas, respondió Angelo.

El semblante de Ana tomó un aspecto pensativo, y dijo en voz baja: Ahora tengo miedo de comprenderos.

—Vos me comprendeis, Ana... y no dejais de conocer que debo apartarme de vos.

—¡Ah! sí, murmuró miss Mac-Farlane inclinando la cabeza; no podria amaros sino como una hermana... Amo á Stephen.... estoy segura de que le amo.

Pronunció estas últimas palabras con voz distraida, y luego como si de repente se hubiese despertado, prosiguió así: Estoy segura de que le amo... muy segura. Estaba Ana con los ojos bajos y habia una especie de duda en esa afirmacion repetida sin motivo.

Bien que Bembo no fuese presumido, conocia sin embargo el mundo; y en aquel momento concibió una vaga esperanza, pues creyó comprender que Ana no conocia el fondo de su propio corazon.

Ella alargó otra vez su mano, y con acento muy triste, repitió: — Acompañadme á Cornhill. Bembo la hizo subir á un carruaje; y desde Pimlico hasta Cornhill no pronunció Ana una sola palabra; pero Bembo creyó oirla suspirar dolorosamente mas de una vez.

Al llegar frente á la puerta de mistriss Mac-Nab, bajó Bembo del coche para dar la mano á Ana; mas esta saltó resueltamente, y luego se paró indecisa.

— A Dios, señora, dijo Bembo.

— A Dios, murmuró la jóven. Y á la luz de los faroles Bembo creyó ver una lágrima que brillaba en los ojos de Ana, la cual vaciló otro instante, y en seguida repitió precipitadamente: ¡A Dios! ¡A Dios! Levantó el picaporte y entró sin volverse. Bembo subió otra vez al coche.

Eran cerca de las diez; y como Stephen acababa de salir con Angus Mac-Farlane para regresar á casa de Frank Perceval, segun antes hemos dicho, mistriss Mac Nab estaba sola.

No intentaremos pintar la alegría de la buena señora; solo diremos que Ana res-

pondió con lágrimas á los abrazos de su
tia, sin que supiese cosa alguna de la suer-
te de Clary. Pensaba en el hermoso caba-
llero Angelo Bembo, que la amaba, que la
habia salvado y á quien no podia volver á
ver....



XXXX.

El gabinete del doctor.

FRAN las diez de la mañana poco mas ó menos del dia siguiente á los sucesos referidos en los capítulos anteriores, cuando Tyrrel el ciego y el doctor Moore se hallaban reunidos en el gabinete de este último. El doctor estaba escribiendo en su bufete y Tyrrel tomaba el té junto á la chimenea. Al apurar su taza hizo un visage de displicencia y dijo: Doctor, no puedo comer ni beber cosa alguna que salga de

las manos de ese diablo de Rowley sin pensar en mi hora postrera.... ¡Os aseguro sobre mi palabra que teneis un mal gefe de cocina!... Aun no me habeis dicho vuestro parecer acerca de mi historia de Brian de Lancaster.

— Es muy ingeniosa, respondió Moore con distraccion; ¿quereis mal á ese atolondrado de Lancaster?

— Motivo habria para ello, doctor.... Si Brian.... á quien Dios confunda, no hubiese venido á husmear mi caja de dinero en Goodmans-Field, no se hubiera enamorado de él Suky, y por consiguiente hubiera tomado por amante á Su Gracia el príncipe Dimitri Tolstoy; de donde se sigue que yo no hubiera probado á falsificar la firma de Su Gracia por cinco mil miserables rublos: tampoco hubiera tenido motivo para aporrear á aquel pobre diablo de Roboam, ni á él le hubiera pasado por la imaginacion atarme é ir á buscar al magistrado; de donde se deduce la consecuencia rigurosa de que yo no habria sido ahorcado. Y os juro, doctor, que á pesar de ser portentoso vuestro antídoto contra

el dogal, en Old-Bailey se pasa un terrible cuarto de hora... Os diré además que es algo antiguo mi rencor contra el honorable loco... pues él es quien sostenía con sus dineros á la condesa de White-Manor, y si ella le hubiese creído, pronto me hallara yo precisado á coger el hatillo.... Mas aquella necia muger me tenía tanto miedo, que Brian ni nadie pudo jamás hacerle decir mi nombre ó el retiro de su hija.... Yo le había dicho que mataría á la niña....

—No sabía yo, interrumpió Moore, que Brian hubiese sido el amante de la esposa de su hermano.

—¡Su amante! exclamó Tyrrel; ¡Lancaster el amante de la condesa! ¡Ah! doctor, apostaría que estais pensando en alguna diablura, sin pararos en lo que decis... Brian es un loco de especie caballeresca... Cuando hablaba con la condesa era con aquel tono que se toma con una reina, y...

—¡Basta! dijo Moore; lo mismo me dá.

—En bora buena.... así digo yo tambien.... En cuanto al plan que me habeis pedido acerca de las dos jóvenes, he pensado que mandaremos entrambas juntas á

nuestra casa de recreo de Crewe con Maudlin y dos bellos mozos.... Dentro de un año regresarán formados, sino... Siempre estaremos á tiempo, doctor.

—Moore hizo una seña de afirmacion indiferente.

—¡Toma! prosiguió Tyrrel, y vos no me habeis contado los pormenores de vuestra partida con el marqués de Rio-Santo.

A esta pregunta el doctor arrugó de pronto la frente, y respondió: He hecho lo que he podido.

—¿Y qué habeis podido, doctor?

—¡Nada! Moore pronunció esta palabra con un tono seco, como si de repente hubiese querido distraer el objeto de aquella conversacion. Sin embargo, volvió voluntariamente á ella, y encogiéndose de hombros, añadió: ¿Y al cabo qué sacariamos con la muerte de ese hombre?

—¡Bien! ¡bien! murmuró Tyrrel; aun están verdes.... Luego dijo en voz alta: Mi parecer ha sido siempre, doctor, que con dificultad se hallaria un gefe tan capáz como el marqués... Pero vos queriais ocupar su puesto, y concibo bien esto, porque

me he acostumbrado á querer lo que vos quereis.... tocante á su secreto algun dia se lo sorprenderemos.

—¡Su secreto! repitió Moore, cuyos ojos brillaron.

En el momento en que Tyrrel abria la boca para responder, presentóse en el umbral la estrecha y lustrosa frente de maese Rowley. El ayudante envenenador llevaba debajo del brazo su favorito volúmen en cuarto, y tenia una carta en la mano izquierda. A su aspecto Tyrrel se tapó las narices precipitadamente, lo que dió motivo al ayudante farmacéutico para que refunfuñase con desprecio su elocuente exclamacion de ¡tá, tá, tá, tá! Hecho esto, Rowley atravesó muy pausadamente el espacio que le separaba de su amo, y le puso delante la carta que llevaba en la mano.

—¡Vamos, maese, vamos! dijo Tyrrel con impaciencia.

Rowley comprendió perfectamente la invitacion de llevar á otra parte sus perfumes de laboratorio, pero en vez de salir sacó prontamente de su faltriquera un frasco de forma prolongada, y se dirigió

hacia Tyrrel. Este por instinto cogió el burgo para ponerse en defensa.

— ¡Tá, tá, tá, tá! dijo Rowley riendo de corazón, escusadme, caballero.... No había notado que con el socorro de vuestros dedos interceptaseis el libre paso del aire al tubo natural formado por las ventanas de vuestra nariz.... ¡Tá, tá!... lo que daba á vuestra voz, caballero, un sonido nasal y de constipado, síntoma particular de la indisposición conocida bajo el nombre de coriza.... Al momento hizo rechinar el tapon de vidrio de su frasquito y lo acercó á las narices de Tyrrel, el cual estornudó ruidosamente.

— ¡Dios os ayude! caballero, si hubieseis estado constipado de cerebro esto os habría hecho un gran bien, como podeis conocerlo....

En aquel momento Moore restregó la carta que acababa de leer, y dejó escapar una sorda exclamacion de cólera. ¡Salid! dijo á Rowley; y éste, despues de haber hecho un grande y humilde saludo, se dirigió muy pausadamente hacia la puerta, y al pasar el umbral echó una triunfante ojeada sobre

Tyrrel, y murmuró: ¡tá, tá, tá, tá!

—¿Pues qué tenemos, doctor? preguntó Tyrrel.

—¡Tenemos que la fatalidad nos contraría! exclamó Moore con verdadero despecho; ya no soy nada.... ni siquiera soy un médico hábil segun parece.

Estiró la carta machucada, que era de lady Campbell, y á fuertes tirones leyó lo siguiente: «Estoy convencida, señor doctor, de que tomareis parte en la alegría que nosotros tenemos. Han pasado cosas afortunadas en casa de Stewart durante los dos dias en que no tenemos el honor de veros; pues ayer mañana pareció que cedia el espantoso mal que habia acometido á mi sobrina. A causa de vernos privadas de vos enviamos á buscar al médico Hartwell, que visita á lady Stewart....» ¡Hartwell! interrumpió aquí Moore con amarga sonrisa; ¡un empírico!... ¡un ignorante!... ¡un pedante!...

—Un asno, dijo Tyrrel friamente; veamos el fin.

Moore era ciertamente un hombre de grande penetracion, mas en toda la super-

ficie del globo no existe un médico á quien la envidia no ciegue ó malee. A fin de que los médicos no se enfaden mucho, añadiremos que nuestra observacion se aplica puntual y rigurosamente á los legistas, á las mugeres bonitas, á los artistas, á los aeronautas, y sobre todo á la irascible y vana grey de los poetas. Moore era médico, y veíase ofendido en lo mas vivo de su orgullo de médico; el despecho le ponía un velo sobre la vista y era incapáz de adivinar el sarcasmo que contenía la interrupcion de Tyrrel. Así pues con toda la buena fe de la cólera, repitió: ¡un asno! habeis dado con el verdadero término, Ismail, ¿dónde estaba esta necia carta que me saca de mis casillas, á fe mia?...

Que visita á lady Stewart.... ¡Esto no prueba nada en favor del gusto de milady, á fe mia!...

A lady Stewart.... Mr. Hartwell vino inmediatamente.... Lo creo ¡par diez!... ¡los hombres como él están siempre á la disposicion de los demás!...

Inmediatamente; y ha empezado una serie de aplicaciones, cuyo resultado ha

sido completo. Nuestra querida María ha vuelto á la vida, y Dios se ha compadecido de nosotros haciendo de Mr. Hartwell el instrumento de su misericordia!"...

— Es decir, exclamó Moore, que ese miserable Hartwell ha llegado allá en el momento preciso de poder aprovechar los efectos de mi curacion.... Pero hay una *posdata*, que aun no he leído.

P. D. «Bien conoceis, señor doctor, que en tales circunstancias seria inútil que os distrajeseis de vuestras importantes ocupaciones para visitar á miss Trevor, quien puede pasarse sin vuestros cuidados.»

Enfurecido Moore rasgó la carta exclamando: ¡un despido!... un despido en regla.... ¿Acaso temia que volviese á su casa despues de una carta tan insolente?... ¡Oh! ¡esto es bueno para mí, Ismail!... ¡Una catalepsia perfectamente caracterizada que se resuelve por sí misma y como un síncope ordinario!... ¡Es una casualidad diabólica!

— ¿Esa miss Trevor es la novia de Rio-Santo? preguntó Tyrrel.

— Sí... hubiera apostado diez mil libras

á que estaba perdida! En efecto es su novia.... Esto forma parte de su gran proyecto, es decir, de su secreto; por medio de ese matrimonio quiere adquirir la eventualidad de dignidad de par.... El por qué es lo que nosotros ignoramos.

— Y es lo que nosotros sabremos, doctor, con tiempo y paciencia.

Moore no contestó, pero Tyrrel oyó que con los dientes apretados murmuraba convulsivamente estas palabras: ¡una catalepsia que termina como jaqueca!... ¡Miserable Hartwell! ¡que ahora se irá jactando por todas partes de haber curado una catalepsia!...

En el cuarto inmediato oyóse el ruido de unos pesados pies, y levantóse la voz grave de nuestro honrado amigo el capitán Paddy O-Chrane, puesta casi al tono del diapason de la impaciencia, que decia: ¡lléveme el diablo! cabeza de peluca obtusa, mi digno señor, os repito por la sexta vez: ¡Caballero de la Noche!

— ¡Tá, tá, tá, tá! respondia el buen falsete de Rowley.

— ¡Tá, tá, tá, tá! ¡demonio!... ¡tá, tá,

tá, tá! tres millones de blasfemias, ¡qué quiere decir tá, tá, tá, tá, hediondo pícaro, por Satanás, señor, sus cuernos y miserias! ¡Seamos entrambos ahorcados!... ¡Os repito que el infierno me abra-se! *Caballero de la Noche*.... Dejádme pasar.

A Tyrrel no le costó trabajo reconocer aquella voz y aquel estilo enérgico, y se levantaba ya para salir al encuentro del capitán, cuando un último tá, tá, tá, tá, pronunciado por Rowley, fue seguido de un ruido de pelea, entre el cual se elevaban á trechos blasfemias de la mas refinada eleccion.

Casi al mismo tiempo un violento puntapié abrió á la vez las dos hojas de la puerta, y lanzado Rowley con el ímpetu de una bala de cañon, fue á caer boca abajo en medio del cuarto, acompañándole en su caída el tomo primero de las *Recreaciones toxicológicas*. El capitán Paddy O-Chrane se encorvó para que su sombrero no topase contra el dintel é hizo su entrada con gravedad.

—¿Qué significa todo ese ruido, señor? preguntó Moore arqueando las cejas.

— Dios nos condene á todos , respondió O-Chraue levantando su sombrero, tengo el honor de saludar respetuosamente á Vuestras Señorías.... tocante al ruido, yo no soy hombre de meter ruido, Satanás y su muger, ¡ milores!... y conozco á mas de un muchacho pacífico que hubiera abierto ese cráneo calvo como una cáscara de nuez, cueva del infierno, ¡ qué diablos!

Rowley permanecía inmóvil en tierra, aplastado, completamente amedrentado, sin cuidarse siquiera de levantar su tomo en cuarto, cuya encuaderuacion en pergamino estaba deplorablemente descantillada.

Paddy le miraba de arriba abajo con ese aire tranquilo y desprovisto de orgullo, que se aviene tan noblemente con los triunfadores.

El semblante irritado del doctor anunciaba la inminencia de una violenta esplosion, y conociendo Tyrrel el detestable humor de que estaba poseido aquella mañana, quiso interponerse empezando así: ¿Y bien, Paddy?... Pero Moore se levantó precipitadamente y exclamó: ¿á que viene

eso? ¿Acaso hemos de parlamentar con este palurdo?... Salid, señor.

Paddy erguió al momento su larga y tiesa talla, dió una media vuelta, y con paso redoblado se dirigió hácia la puerta, diciendo: ¡Ira de Dios! como gustéis.

—Pero sin duda venia á traer algun mensaje, dijo Tyrrel dirigiéndose al capitán: sentaos á vuestro bufete, doctor, y dejad que yo ventile ese negocio.... ¿Qué os conduce aquí, Paddy? Este se paró, dió otra media vuelta, y despues de haber dado una rencorosa mirada á Moore, con su admirable don de decir injurias á todo el mundo sin perder un átomo de su buen natural flemático, respondió así: no me conduce aquí el deseo de ver el amarillo semblante de este respetable lord, ó sea yo condenado!.... ¡Cuando sea muy viejo, cuernos de un morueco! para ganar mi beefsteak de la mañana, mi roastbeef del mediodia, mi pudding de las cinco y mi cold-without de la noche, ¡miserias! entonces me pondré entre las manos de Su Señoría, á fin de que me envíe, ¡condenacion eterna! al otro mundo al precio mas

equitativo.... pues juzgo que este es su oficio, ¡Dios nos castigue!

Moore se habia vuelto de espaldas y procuraba no escuchar; mas Tyrrel dijo severamente: — Vamos á ver, capitán, os suplico que vengamos al hecho.

— Vengamos al hecho, milord.... Me place tratar con vos que sois un hombre que sabe vivir, si bien es cierto, ¡fuego del infierno! que os pareceis facción por facción á un judío que vi ahorcar delante de Newgate, y que tenia la cara de un picaronazo, milord.... ¡Vos no decís á un caballero que se marche! ¡vos no tratáis de palurdo, seamos condenados los dos y todo el mundo, ¡qué diablos! un hombre que ha mandado con honor la corbeta el *Arenque* fletada por....

Tyrrel dió una patada y tomó aquel aire terrible que en otro tiempo hacia temblar á Susana y á Roboam. Paddy O-Chrane le consideró curiosamente, y sin alterarse acabó de decir: — Por Gween y Gwenn de Carlisle, milord; ¡ira de Dios! se me figura que Vuestra Señoría siente alguna incomodidad....

Tyrrel cruzó los brazos sobre el pecho, y tomando un aire de resignacion, le dijo:— En suma vos habeis venido por algun motivo..... ¿Hay novedad en White-Chapel?

— ¡Si lo sé, milord, quisiera morir como un perro en medio de la calle!... En cuanto á haber venido por algun motivo, por la cuerda que nos debe apretar el cuello algun dia, si tal es la voluutad del diablo, ¡miseria! lo habeis acertado.... He venido porque en el *Purgatorio* no hay nadie, es decir, nadie de honradéz; pues hay un centenar de demonios y otras tantas furias que aullan en el agujero como afortunados.... He venido porque es preciso que hable á un lord de la noche para comunicarle noticias de la mayor importancia, ¡que el diablo nos lleve! y al igual de todo el mundo ignoro yo tambien dónde está la casa de Su Honor. Paddy se tiró hácia arriba su cuello de clin, dando á ese movimiento toda la dignidad competente, y estiró su flaco y largo jarrete cubierto de una piel agamuzada.

— ¿Y qué noticias son esas? preguntó Moore sin volverse.

—¡Dios nos castigue! respondió O-Chrane, sería muy atrevido el palurdo de mi clase que hablara á un venerable personaje como es Vuestra Señoría.... Milord, añadió dirigiéndose á Tyrrel, Jedediah Smith, el pícaro hipócrita á quien debo respeto como á mi superior, me envia á vos para enteraros del estado en que se halla el ramal de la calle del Príncipe.

—¿Y en qué estado se halla? preguntó Moore con viveza.

Paddy en lugar de responder se agachó tranquilamente y cogió por las espaldas al desventurado Rowley que se frotaba las costillas sobre la alfombra, examinando el daño recibido por su querido volúmen en cuarto. Paddy le levantó, imprimiéndole un movimiento de rotacion y en un abrir y cerrar de ojos le hizo pasar el umbral del gabinete, de modo que al pararse Rowley en medio del cuarto se hallaba tan atontado que creyó ver girar en torno suyo las cuatro paredes, y solo pudo espresar su estupefaccion con su tá, tá, tá, tá, pronunciado de un modo verdaderamente particu-

lar y á propósito para dar que pensar á cuantos le oyeran.

Paddy habia cerrado la puerta del gabinete, y sin mas preámbulos dijo así:— Millores, Jedediah Smith os notifica que la faena está ya terminada.

Moore se puso en pie sin tomarse la pena de ocultar su alegría y exclamó: ¡Qué! ¿la galería está concluida?

— ¿Enteramente terminada? añadió Tyrrel frotándose las manos.

— Si, millores, y por los cuernos de Belcebú era ya tiempo, os lo juro por mi porcion de paraiso ó por cualquiera otra cosa menos buena, ¡así seamos todos condenados!... En el momento en que os hablo el pobre bonachon de Saunder está medio muerto.

— Le enterrarán, dijo Moore.

— ¡No hay duda, charlatan de mil diablos! refunfuñó Paddy escandalizado; lo mismo digo de tus parroquianos.

Ya sabemos que todos los lores de la noche esperaban con impaciencia el anuncio de la entera rotura de comunicacion establecida entre el almacén de aguas gaseo-

sas de la calle del Príncipe y los subterráneos del Banco real; pues habia mucho tiempo que los miembros influyentes de la *Familia* contaban con ese inmenso golpe para llenar hasta el colmo la caja comun. Tyrrel y Moore se hicieron dar todos los pormenores necesarios, de los cuales resultaba que la noche anterior el Elefante habia llegado al nivel de los subterráneos y una azadonada, dada sin precaucion, habia arrojado una piedra fuera de su encajadura, y el agujero ocasionado por la caida de aquella piedra comunicaba con una de las cuevas del Banco.

Como si hubiese aguardado aquel momento, Saunder habia caido á manera de una masa delante del agujero, jadeando y bañado de un sudor frio. Paddy, que amaba al Elefante como un guardian de fieras ama al leon ó al tigre que está encargado de alimentar, procuró levantarle para ponerle en la cama, pero todo trabajo fue inútil, pues para levantar á Saunder hubiera sido menester ó el instrumento llamado gato, ó una máquina para arbolar. De modo que el infeliz gigante se hallaba tendido,

moribundo en la tierra fria del camino cubierto; y lo que únicamente habia podido hacer en su favor el caritativo Paddy O-Chrane, se reducía á haber colocado junto á él el enorme cántaro de gin.

Cuando el capitan hubo concluido su relacion ensartó cuatro votos á manera de párrafo final y calló. Tyrrel y Moore se pusieron inmediatamente á su bufete á escribir cartas.

— Mi buen muchacho, dijo Moore, es preciso que sin perder tiempo lleveis este billete á la plaza de Belgrave y le entreguéis al señor marqués de Rio-Santo. O-Chrane tomó el billete y contestó: Llevaré esto adonde queráis, ¡ira de Dios! ¿mas de dónde diablos ha sacado Vuestra Señoría que yo fuese un buen muchacho?... He conocido verdaderos lores, ¡Satanás y su cola! que á todo reventar me llamaban capitan....

Toda la familia del doctor fue puesta en movimiento para llevar á su direccion otras cartas semejantes á la que acababa de encargar á Paddy: hasta el mismo Rowley fue despachado á toda prisa hácia san Boy-

ne con la añadidura de encontrar por cualquier medio á aquel honorable empleado de la policía metropolitana.

La señora duquesa de Gevres, á quien no envanecía su título, y que en las grandes ocasiones se hallaba siempre pronta como si aun llevase el nombre de Maudlin Wolf, recibió la mision de ir al Banco para entregar una carta de Tyrrel á sir Guillermo Marlew, vice-cajero central.

Cuando Moore y Tyrrel quedaron solos acercaron sus sillas y empezaron una conversacion en voz baja, á pesar de que no habia nadie que sorprendiese el misterio de sus palabras. La conversacion duró mucho tiempo, y al levantarse Tyrrel puso la mano sobre el brazo del doctor diciéndole:—Creedme, suceda lo que sucediere, dejadle gobernar ese negocio.... despues se podrá ver.

—¿Pero, si como yo creo, lleva la idea, objetó Moore, de hacer de la *Familia* y de nosotros mismos los instrumentos de sus designios secretos.... si todos esos montones de oro sirven solamente para su provecho?...

— Si todos esos montones sirven solamente para su provecho, doctor, respondió Tyrrel riendo, teneis en la mano cuanto necesitais para hacérselos restituir.... Si os parece bien podemos marchar inmediatamente para White-Chapel adonde llegaremos con retardo.

Salieron los dos juntos y Tyrrel cerró tras sí todas las puertas con doble vuelta. Algunos segundos despues de su partida la puerta que desde el gabinete facilitaba el paso al cuarto en que Clary se hallaba confinada, y que no habia cerrado Tyrrel porque no tenia ninguna comunicacion con el exterior, abrióse poquito á poco para ceder el paso á Susana. La hermosa jóven atravesó vivamente el gabinete y apretó el pestillo de la otra puerta por donde habian salido Moore y Tyrrel. Sacudió la cabeza sonriéndose, y luego desapareció para ir otra vez al lugar donde estaba Clary MacFarlane, cuyos vacilantes pasos sostenia con una graciosa y admirable solicitud.

XLIV.

La cadeua.

GLARY Mac-Farlane estaba muy mudada; pues en su semblante pálido y enflaquecido se veia el rastro del largo y cruel martirio que le habian hecho padecer: su talle hace poco tan hechicero en sus proporciones juveniles se doblegaba postrado, y caminaba con trabajo y lentitud. Sin embargo aun así era hermosa, pero con aquella belleza que oprime el corazon y causa piedad.

Si en aquel momento la hubiese visto su padre, hubiera derramado lágrimas por traerle á la memoria los últimos dias de la pobre Amy Mac-Farlanc. En efecto, así era Amy, blanca, débil, y mucho más hermosa todavía cuando estaba ya con un pie en la sepultura. Pero Amy, aquella santa y amable muger, miraba con rostro risueño su muerte cercana, y si vertia lágrimas era solamente por el porvenir de sus hijas; y así es que moribunda conservaba en sus facciones la misma calma suave y serena de los dias de su felicidad. En los ojos de Clary se notaba algo de desacuerdo; pues la horrible impresion causada á su sistema nervioso daba á sus facciones repentinos y dolorosos estremecimientos, abriendo á veces la boca para pronunciar palabras inesplicables.

El deterioro físico y moral de esa niña, hace poco tan hermosa, era mas evidente y parecia mas completo al lado de la espléndida juventud de Susana, la cual robusta, llena de donaire, rebosando en vigor, representaba la inteligencia generosa, la nobleza del alma, con todos los

encantos elegidos y todas las victoriosas seducciones, que á manera de aureola celeste pueden coronar la frente virginal de una obra divina.

La tristeza pintada en el semblante de Clary se hubiera trocado en atractivo irresistible y delicioso al ver á Susana, pues esta permanecía allá cual genio bueno velando la debilidad y el sufrimiento, y su sonrisa benéfica, tierna, consoladora, parecia derramarse como un bálsamo sobre la oculta herida de la enferma; cuando Susana hablaba cariñosamente y como suele hacerlo una madre jóven inclinada á la cuna de su hijo, la pobre Clary recobraba nueva vida.

Las dos entraron en el gabinete del doctor Moore. Susana circuia con los dos brazos la cintura de Clary, sostenia á ésta, la animaba; casi á cada paso imprimia un ósculo cariñoso en su pálida frente, y procuraba dar á su lenguaje esas inflexiones mimosas que se emplean para calmar á los niños que padecen, á fin de animar en algun modo al espíritu inmóvil de Clary. Al pasar el umbral del gabinete, la dijo:—Va-

ya, ya camináis sola, mi querida hermanita; ya casi no necesitáis de mi apoyo.... ¿Sabéis, Clary, que las dos somos aquí las dueñas?... nos han encerrado; pero confío en hallar un camino que no han pensado obstruir... Sentaos, hermosa Clary, y cobrad aliento. Miss Mac-Farlane se dejó caer aplomada en el sillón de Tyrrel dando un suspiro de lasitud. Sus ojos lánguidos y crecidos por la flaqueza de sus mejillas se dirigieron á Susana con una fugitiva espression de reconocimiento, para caer luego en la tristeza.

— ¡Yo estaba junto á él, murmuró, y era yo muy feliz porque él me amaba!... Vino Ana.... Se puso á las rodillas de Ana.... me despedazó el alma!

Se contrajo su boca y le temblaron los ojos como sucede en el momento en que van á salir las lágrimas, y prosiguió así:— Pero yo amo todavía á Ana; y no le diré que me ha muerto.

La bella Susana se sentó cerca de ella, la arrimó á su corazón y la dijo:— Haced bien en amarla, mi querida hermanita, al igual de vos.... ¡pobre niña!... ¿No veis

que todos esos recuerdos son solamente crueles ensueños que ponen en tortura á vuestra alma, aun mas que á vuestro cuerpo?... Escuchadme, Clary, mi bella Clary, vais á ser libre.... No penseis mas en las tristes visiones que han atormentado vuestra soledad.... Todo eso es una mentira, hermana mia....

— ¡Yo lo he visto! murmuró miss MacFarlane estremeciéndose. Luego con voz sorda añadió: Yo sé una larga historia.... Nuestra nodriza nos la contaba en Escocia.... La jóven se llamaba Blanca, y el hijo del laird tenia por nombre Bertram... Bertram de Jedburg.... Blanca amaba al hijo del laird. Clary se interrumpió y bajó los ojos.

— ¿Y despues? dijo Susana riendo.

— ¿Despues? repitió Clary que levantó sus párpados y fijó una mirada en el vacío: ¡oh! todo el mundo sabe lo que sucedió.... Blanca amaba al hijo del laird.... Blanca le amaba tanto que le mató.

La cabeza de Clary se inclinó sobre su pecho, y su mano, que la tenia Susana entre las suyas, se puso húmeda y helada.

La linda jóven redobló sus caricias y dulces consuelos, y era tal la fuerza de penetrante persuasion que habia en ella, que pudo hacer impresion en el corazon oprimido de la pobre Clary. El cariño produjo su efecto, y miss Mac-Farlane, vuelta un instante á la vida, tendió sus brazos al redor del cuello de Susana y la dió gracias llorando.

Susana se aprovechó de este momento lúcido.

— Héos aquí ya sosegada, hermanita, la dijo: ¿no quereis venir á abrazar á Ana?

— ¡Ana, repitió Clary, quién sabe lo que ha sido de ella, Dios mio!... ¡Oh! venid, señora, venid pronto y trataremos de buscarla.

Miss Mac-Farlane se habia levantado ella sola, y Susana se apresuró á sostenerla, y la hizo variar de direccion desviándola de la puerta principal á que se encaminaba con paso trémulo.

— Estamos cerradas por esta parte, la dijo: venid que yo sé otra salida.... pero hay que apresurarse, porque si perdemos esta ocasion, acaso no hallaremos otra....

Atravesaron el cuarto á lo largo, y Susana, sosteniendo siempre con una mano á Clary Mac-Farlane, aplicó la otra á un boton de cobre que parecia estar destinado á sostener los pliegues de una colgadura. Un ruido rechinante sonó, y al pronto se abrió una puerta que comunicaba con la casa desocupada del número 9 de Wimpole Street.

— ¡Victoria, exclamó la jóven que levantó enteramente á Clary llevándola sin parar hasta la puerta exterior del número 9.

Una media hora despues se detuvo un carruage en Cornhill delante de la casa de mistriss Mac-Nab. Susana saltó sobre la acera, y miró á la fachada con lágrimas en los ojos.

— ¡Oh! cuántas veces la he buscado, murmuró ella, ahora no olvidaré ya el camino.

Dió un golpe para llamar y bajó Ana á abrir.

La hermosa niña la dió un beso en la frente antes que Ana pudiese reconocerse, y despues la señaló el carruage.

— Dentro se halla vuestra hermana, Ana, le dijo.

— ¡Mi hermana! exclamó la chica arrojándose fuera.

Susana la vió subir al estribo del coche y meter la cabeza en el seno de Clary. Permaneció así inmóvil como cosa de un segundo con los ojos húmedos; en seguida atravesó rápidamente á Cornhill y subió á un cabriolé que partió á galope para el palacio de lady Ophelia, condesa de Derby.

Ana quiso volverse para dar las gracias á la desconocida que la traia su hermana; pero ya no vió á nadie en la puerta, y solo vino á herir sus oídos una suave voz entre la confusion de la calle.

— Ya volveré, dijo esta voz.

Ana miró al lado de donde venia el sonido y vió asomarse una cabeza á la portezuela de un cabriolé que iba al galope; una cabeza encantadora con una sonrisa de matrona. Despues se interpuso entre las dos la gente, pasaron los ómnibus y Ana no vió ya nada mas.

Aquella noche, las dos camas blancas alineadas en medio de la alcoba comun en

el cuartito que ocupaban las dos hermanas, se hundieron cada una con su respectivo peso. Mistriss Mac-Nab iba de una en otra abrazando cuándo á Clary cuándo á Ana, y dando gracias á Dios en medio de abundantes lágrimas.

— Ven; decia ella, ¡oh! ven ¿dónde está mi Stephen?... ¡Buscad á mi Stephen inmeditamente para que las vea á ambas.... á ambas que ya han parecido!

— No digáis nada, respondia Betty, es una fortuna, porque una de las dos hubiera podido quedar en el camino de seguro... ¡Era un acontecimiento que me estremece cuando pienso en ello!... ¡Ah, lord! todo el barrio ha hablado de esto durante ocho dias.... En cuanto á mister Stephen, añadió ella con aire afectado, ¡Dios sabe dónde estará y lo que hará á estas horas, señora!... No ha vuelto esta noche y el hombre con quien lo vi salir ayer tarde no quisiera formar un juicio temerario... pero tenia traza de todo menos de hombre de bien.... Pero fuera de eso no es de mi incumbencia juzgar las acciones de mister Stephen....

La anciana señora, ó no oia ó no queria

escuchar, y se entregaba enteramente á la alegría; y á la verdad ¿no estaban ya allí las dos por quienes tanto habia ella llorado?...

Efectivamente estaban allí. Pero el atentado de Bob Lantern no quedó sin resultados, y ya sabemos el estado de la infeliz Clary. ¿Cuántos dias de reposo y de cuidado no eran menester para borrar las trazas funestas de su martirio?...

Ana tambien estaba demudada, aunque felizmente el cambio que se habia operado en ella no era de tan dolorosa especie. En lo físico se notaba un poco de fatiga; en lo moral....

Esto era un gran secreto para todos y para ella misma. Ana no se declaraba, porque á la verdad, ¿lo sabia ella?

Cuestion árdua. Lo cierto es que aquella noche su sueño agitado no evocó la imágen de Stephen, ó si se la apareció entre sueños, el jóven médico por una transformacion estraña seguramente, y que no sabrán esplicar nuestros lectores, habia tomado las trazas de un héroe de novela con los grandes ojos negros que desfalle-

cian y hablaban de amor, una mirada sumisa, una dulce sonrisa, una talla.... la talla gallarda y noble, graciosa y altanera del caballero **Angelo Bembo**.

Tyrrel y el doctor **Moore**, dejando á **Wimpole Street**, se habian ido á toda prisa á **White-Chapel-Road** con el fin de asistir al consejo de los lores de la noche.

La sesion, como puede suponerse, fue muy concurrida é interesante. La noble asamblea estaba animada, no se contaba mas que por millones de esterlinas, y si alguno hubiese abierto la boca para hablar de una docena de miles de guineas ú otras bagatelas, no sabemos á qué extremo se hubiesen dejado llevar contra el importuno orador el junco con puño de esmeralda de lord **Ruperto Bel.... vizconde Clé....** la corbata del honorable **Jonh Peaton**, y aun el puño del reverendo **Peter Bodlesie**, el futuro dean de **Westminster**.

Naturalmente el personage importante de la sesion era **Villiam Marlew** sub-cajere central del banco de Inglaterra.

Este caballero, cuyos talentos oratorios y aritméticos nos son suficientemente conoci-

dos, calculó por los dedos que se necesitaban mil doscientos hombres, y tres noches para desocupar los subterráneos del banco real. Acaso se equivocaría algún tanto, pero no hay apariencias de eso, porque era miembro de la academia de las ciencias de Chandernago, y vice-presidente de la asociación de Logarithms. Por último, su cálculo fue aceptado como exacto y verdadero.

Faltaba saber cómo se habían de introducir los mil doscientos hombres en el banco.

No es menester decir que la *Familia* estaba ampliamente representada en el famoso cuerpo por la feroz probidad de los guardas del subterráneo. En eso no estribaba la dificultad. ¡Pero mil doscientos hombres!...

Mil doscientos hombres y tres noches.

S. Boyne, esq. el banquero Fauntlevy, sir Jorge Montalt y otros varios trataron de ilustrar la cuestión; pero sufrieron una derrota completa á pesar del leal y parlamentario apoyo de lord Ruperto, que pronunció muy á propósito en esta circuns-

tancia el famoso ¡Escuchad! ¡escuchad!

— Sin embargo, dijo el reverendo Peter Bodlesie, viendo que todo el mundo vacilaba: interesa á nuestro honor que no quede ni una pieza de seis pence en las cuevas.

— Indudablemente apoyó Marlew.

Cada uno se volvió hácia el gefe Mr. Eduardo, como si su infalible cabeza debiera tener en reserva la solucion á todas las dificultades.

El marqués de Rio-Santo estaba en su puesto ocupando el trono de la presidencia, pero no tomaba parte en la discusion, y estaba muy entretenido con sir Pablo, Bembo, Smith, Falkstone y el doctor Muller, que no era otro que nuestro conocido el escoces Randal Grahame. Estos cinco lores eran la *camarilla* del marqués, y encontramos en ellos, esceptuando al negro calvo Absalon, que mandaba entonces una barca de observacion en los mares de la China, y el festivo *rey Lear*, muerto lleno de años y de virtudes algunos años antes, todos nuestros conjurados del bosque de Eagle-River.

—Señores, dijo Rio-Santo, fuese porque quisiera contestar á la interpelacion muda de sus pares, ó porque creyese llegado el momento de cerrar la sesion, debo preveniros que usando de los poderes que anteriormente me habeis conferido, he puesto en vigor hoy la convocatoria de la *Familia*. Seria muy largo detallaros los diversos cargos que tendrán que desempeñar nuestros hombres esta noche en los diferentes puntos de Lóndres; y respecto á esto he consultado á dos honorables miembros de policia, que forman parte de esta asamblea.

S. Boyne, esq. y el comisario de la cité se inclinaron en señal de afirmacion, y el marqués prosiguió: es preciso que en caso de desgracia se distraiga la atencion de los agentes del gobierno, y me limitaré á participaros que en Lóndres todo se halla dispuesto á fin de que á la primera señal estalle un formidable motin.

—Si tuvieseis la bondad de hablar algo acerca de los veinte y cinco millones esterlines, dijo el reverendo Pater Boddlesie, que no perdia de vista lo sólido.

Esta interrupcion no disgustó á nadie, y el lord Ruperto exclamó: Escuchad! escuchad!

— Los veinticinco millones esterlines serán nuestros, señor, respondió Rio-Santo; y si bien el tiempo urge, convengo sin embargo en haceros saber las medidas tomadas respecto de eso. Habrá corrillos de nuestra gente al cabo de la calle del Príncipe, en Lokbury, en Cornhill, en Cheapside, en la calle del rey Guillermo, y en fin por todas partes en las avenidas de nuestro ramal. No obstante quedará abierto un paso en la calle de Threadneedle, y á lo último de ella deberán aguardarse nuestros cargos cubiertos con los caballos de posta enganchados. Frente al almacén de aguas gaseosas y en la encrucijada el gas estará apagado. El señor Guillermo Marlew se mantendrá en el interior del Banco con los guardianes que son de los nuestros.... Debo decir al señor Guillermo que todo depende de su circunspeccion y de su actividad. Tendrá á sus órdenes el número de hombres que juzgue á propósito determinar; pero es preciso observar cuánto im-

porta que el número no esceda de veinte ó treinta; pues la confusion es el obstáculo mas temible.

— ¡Veinte ó treinta! exclamó Marlew. Reflexionad, milord, que veinticinco millones esterlines, hacen seiscientos veinticinco millones de moneda francesa, y que avaluados en dolars de la Union...

— Reflexiono, señor, que nuestro ramal no es tan ancho como la calle del Regente.... si debiésemos servirnos de los medios ordinarios la circulacion seria lenta; y el menor estorbo la haria imposible. En una empresa como la nuestra todo retardo es fatal. Todo lo he previsto. Vos, señor Guillermo, solo debereis ocuparos en el interior del Banco y en el trasporte de los objetos al agujero interior de nuestra galería. Rio-Santo dejó de dirigirse al vice-cajero central, se volvió al centro de la asamblea y prosiguió diciendo: Señores, os diré lo que imagino, salvo vuestra aprobacion. A fin de evitar las idas y venidas en un paso tan estrecho en que seria preciso obrar y caminar con una uniformidad, que no podemos esperar de nuestra gente,

he pensado establecer una doble cadena que comunique desde los subterráneos del Banco hasta la calle del Príncipe. De este modo nuestra presa, pasando con rapidéz y sin interrupcion de mano en mano, llegará con mas seguridad á su destino....

— ¡Viva! exclamó John Peaton; ¡sobre mi palabra de honor, la idea es escelente!

— Permitted!... dijo el reverendo Boddlesie, que no comprendia perfectamente.

— Yo propongo que en sesion permanente se dé un voto de gracias al muy noble marqués, dijo el par de Inglaterra. Séame permitido valirme de una imágen poética delante de vuestras señorías, será un rio de oro, cuyo manantial estará en los subterráneos del Banco....

— Y su embocadura en nuestras faltriqueras, interrumpió el honorable John Peaton; la idea es muy escelente y quisiera ya que fuese el dia de mañana.

— Pero.... empezó Peter Boddlesie.

John Peaton quiso encargarse por el futuro dean de Westminster de la explicacion relativa á la imágen poética del noble lord, y acercándose á la engranujada nariz

de su reverencia le dió un fuerte papirote, diciendo : Pasadlo á vuestro vecino.

—Pero, milord... exclamó el hombre de iglesia, tomando la postura clásica de uno que riñe á puñadas.

—¡Pasadlo á vuestro vecino! repitió el honorable John, que conocia á fondo el arte de los chistes ingleses. Nosotros creemos que el reverendo Boddlesie debió decir: «Dios me condene» ú otra cosa semejante.

—¡Pues bien, señor! repuso John Peaton, nuestra gente hará lo que vos no queréis hacer; solo que en vez de un papirote se les dará un riel ó un saco de quinientos soberanos, que pasarán á su vecino....

—Ah! dijo Peter Boddlesie con aire de duda, pero comprendiendo al fin dió un puñetazo encima de la mesa y alargó cordialmente la mano á John Peaton.

Rio-Santo volvió á tomar la palabra, y continuó así:—Frente al almacén de aguas gaseosas se apoyará la cabeza de nuestros carros cubiertos, protegida por un corrillo de nuestra gente; y así que un carro esté cargado marchará á galope por

la calle de Threanede, á fin de tomar luego por Leaden Hall, y en seguida White-Chapel-Road, en donde tambien tenemos nuestros subterráneos, señores.

—¿Y quién estará encargado de vigilar el transporte? preguntó Moore.

—Vos, señor, y sir Edmundo Makenzie, respondió Rio-Santo. Los otros empleos quedan á la voluntad de los caballeros que se hallan presentes, esceptuando los de policia cuyo encargo ya está señalado. Seria muy bueno que todos contribuyesen personalmente á sostener los grupos.

El doctor hizo otra pregunta, diciendo: ¿Y durante ese tiempo dónde se hallará Vuestra Señoría, milord?

—Donde haya peligro y trabajo, señor, respondió Rio-Santo: es preciso que la tarea empiece á las once de la noche en punto, y hasta aquella hora la calle del Príncipe debe estar desierta, á cuyo fin he dado mis órdenes. La policia tendrá bastante que hacer en otros barrios para que no se acuerde de molestarnos.

Se levantó Rio-Santo y los lores de la

noche se separaron dejando solamente en el lugar de la reunion á **Jedediah Smith** con órden de abrir las puertas del *Purgatorio* al anochecer, á fin de que la turba reunida allá separada de la luz, hiciese irrupcion en el exterior y en el momento crítico aumentase mucho mas el desórden general.

Rio-Santo volvió á subir al coche con **Bembo** y **Randal Grahame**. Seguía el mismo camino el carruage en que iban **Falkstone** y **Paulus Waterfield**, de modo que los dos coches llegaron al mismo tiempo á la plaza de **Belgrave**. Eran las cuatro de la tarde, hora en que estaban desiertas las avenidas de **Irish-House**. **Stephen** y **Perceval** aun debían tardar una hora en venir á apostarse en la plaza de **Belgrave**.

Cuando el marqués y sus tres compañeros entraron en el salon de **Irish-House** hallaron á dos hombres sentados cerca de la chimenea. El uno de ellos era el laird **Angus Mac-Farlane**, junto al cual estaba el hermoso perro **Lovely** encorvándose y halagándole. Estaba **Angus** con la cabeza inclinada sobre su pecho, como absorto profundamente en sus reflexiones, y no se

meneó á la entrada de los recién llegados.

Por el contrario el otro se levantó y saludó gravemente al marqués de Rio-Santo. Era un hombre cargado de años, con la fisonomía franca y pensativa, con la frente ancha, medio calva, en que la meditacion habia abierto profundas arrugas. Participaba de lo tribuno y de lo apóstol, sin que fuese fácil decir si aquel enérgico semblante ocultaba el alma firme y dulce de un consejero de paz, ó el corazon ardiente de un predicador de la guerra.

Rio-Santo se adelantó vivamente hácia él y le tocó la mano con espresion de cordialidad y respeto á la vez, diciéndole:— Seais bien venido, monseñor, os estaba aguardando.

XXXV.

Antes de la batalla.

EL extranjero á quien saludó el marqués de Rio-Santo con el título de mounseñor, respondió á ese recibimiento respetuoso y cordial á la vez con un afecto semejante, y un respeto á lo menos igual; mostrando bajo el enérgico ardor de su aspecto varonil una especie de humildad cristiana. El primer sacerdote inspirado que en la edad media levantó la Europa católica para precipitarla á la conquista

del santo sepulcro, debía tener aquella mirada modesta y ardiente á la vez, aquella ancha frente, encorvada bajo un pensamiento de abnegacion penitente, y sin embargo radiante en voluntad poderosa, indómita, absoluta.

Los que conocen la Irlanda y á los gefes generosos del movimiento, que á pesar de la robusta oposicion de un grande hombre, le impele á empezar una lucha encarnizada contra sus ávidos y desleales opresores; todos cuantos saben que Daniel O'Connell sirve él solo de dique al torrente y puede retardar el rompimiento de los odios legítimos y de las justas cóleras que desde mucho tiempo se acumulan al otro lado del canal de san Jorge; en una palabra, los que no parándose á la superficie de los acontecimientos y á las palabras de los hombres, ven en el gran tribuno irlandés mas bien un escudo para la Inglaterra que un instrumento de castigo y de represalias, esos adivinarán el nombre y el alto carácter del nuevo personage que ponemos en escena; y aseguramos á los demás, bajo nuestra palabra, que tenia derecho al títu-

lo de monseñor y que igualmente era acreedor al respeto de todos. Pues nos parecia poco decoroso y temerario echar de sopeton á la frívola curiosidad que en varias partes ha podido suscitar nuestra his-
ria, el nombre de un hombre que aun vive, nombre respetable, colocado por su posi-
cion, por su edad y por sus funciones de una naturaleza especial, en una esfera muy diferente de aquella en que se agitan los actores malos ó buenos de nuestro drama, entre cuyos sucesos por otra parte no hará mas que pasar.

El anciano tenia, pues, la mano de Rio-Santo, y mirándole fijamente, le dijo:—He visto marchar á mis pobres hijos, sin que haya tenido valor de detenerlos.... porque vos los llamabais, milord, y vos tambien sois su padre.... ¿No deben en gran parte á vuestra inagotable beneficencia su vida y la de su familia?... Pero en nombre del cielo, ¿qué designio es el vuestro?

—Son diez mil, ¿no es así, monseñor? preguntó el marqués.

—Son diez mil, milord; y otros hubie-
ran venido á no ser los gastos del viage.

Ignoro si es un bien, pero nuestros paisanos del Connaught desconfian de las promesas del gran libertador.... Esperan en vos que les dais pan en vez de pedirles el diezmo de su miseria.... Tambien yo espero en vos, milord, pero quisiera tener la seguridad de que el valor no os arrastrará con mis pobres hijos de Irlanda á una guerra desigual, cuyos medios reprobaria el mundo, y que el mismo Dios....

— Monseñor, esperad hasta mañana, interrumpió Rio-Santo con cierta emocion en la voz; la carta que me participaba la llegada de nuestros hermanos de Irlanda, me hablaba tambien de la vuestra.... Mañana os explicaré.... mañana lo sabreis todo.

— ¿Y de aquí á mañana, milord? preguntó el anciano.

Hablando en voz baja se habian alejado de la chimenea en torno de la cual iban tomando asiento el resto de los circunstantes, á saber: Waterfield, Randal y Bembo en un solo grupo, y Angus separado, guardando su continente sombrío y absorto.

Bembo tambien estaba triste y preocupado, entreteniéndose en pasar con distraccion sus adelgazados dedos por las largas sedas del hermoso Lovely, sin poner atencion en sus dos compañeros que de cuando en cuando soltaban algunas palabras. Por fin Paulus, dijo así:—Pretenden que sobre bastantes cosas sabeis mucho mas que nosotros, signore; por lo tanto ¿podriais decirnos quién es aquel *monseñor* que está departiendo mano á mano con el marqués?

Bembo no oyó, ó no quiso responder, porque á escepcion de Rio-Santo despreciaba y detestaba todo cuanto hacia parte de la asociacion.

Waterfiel sabia ahora cubrir con una capa de flema el ímpetu brutal de otro tiempo; pero desde que los ojos del mundo no se fijaban sobre sus acciones, volvía por poco tiempo á ser el rústico matador de bueyes de Eagle-River. Con una sonrisa de grosero sarcasmo repuso:— ¡Hola! signore, dejad á Lovely vuestro rival en las gracias dispensadas por Su Señoría, y responded á los que os hablan.

Bembo alzó con lentitud sobre él sus ojos grandes y negros, llenos de indiferencia y de desdén, poniéndose en seguida á acariciar en silencio la suave piel de **Lovely**:

— Dios los cria y ellos se juntan, refunfuñó **Paulus**.

Asomó una débil sonrisa entre los pocos pelos negros que hacian sombra á los labios del caballero, y dijo así:—Puesto que aquí no hay mucho que escoger, exceptuando **D. José**, su compañero y este caballero, señalando el laird con un saludo, os doy gracias por no haberme comparado á cosa peor que **Lovely**. Y su ojeada burlesca completando su pensamiento se paseó de **Paulus** á **Randal**, y de éste á aquel. Este último hizo un precipitado movimiento de cólera; mas **Randal** que tenia los ojos fijos en el laird, asió el brazo de **Paulus** murmurando:—¡Quieto! En seguida añadió en voz alta:—¡Y bien! **Mac-Farlane**, ¿quién diablo os ha abierto el cráneo de ese modo?

Esta pregunta llamó la atención de **Waterfield** y del mismo **Bembo**, que en la víspera anterior solo habia entrevisto al

laird en el momento en que se evadía de Irish-House y que no le reconoció. Entonces fue cuando Bembo y Paulus repararon las innumerables heridas que cubrían el cráneo y el rostro de Mac-Farlane, quien cogiendo el hucion meneó la lumbré, y fijando sus ojos huraños en Randal dijo entre dientes:—Ahora hace quince años que una noche vino á la quinta de Leed, fue aquella una noche de desgracia. Me hechizó y desde entonces soy un malhechor.... ¡Ah! permitir matar, es matar.... Yo soy el asesino de Mac-Nab.... Y ahora.... ¡hijas mias! ¡hijas mias!... Y dejó caer de nuevo la cabeza sobre su pecho.

—Quiero morir, dijo Randal en voz baja, si á este maniático no le pasa alguna cosa por la cabeza.... Lo conozco.... Medita algun golpe endemoniado!

—¿Qué puede hacer? dijo Paulus encogiéndose de hombros.

Bembo se habia levantado y junto á un alfeizar que daba á la plaza de Belgrave estaba mirando la tierra y los árboles cubiertos de nieve; y observó con mucha

sorpresa en aquel fondo uniformemente blanco, muchas formas negras, ya inmóviles, ya agitándose sin cambiar de puesto como un hombre que se impacienta. Sin embargo aquellos objetos no podían distinguirse muy bien porque ya había caído el día y el gas aun no estaba encendido. Bembo no pudo dejar de turbarse por una vaga inquietud, y volvió la vista hacia Rio-Santo á fin de mostrarle aquellas sombras, que reunidas é inmóviles de aquella manera encima de la nieve por una temperatura glacial, no podían ser gente que pasase ó se pasease; pero el marqués estaba enteramente dado á su interlocutor. Y, esceptuando al marqués, allí no había mas que Lovely á quien Angelo quisiese dirigir la palabra; pero por mas inteligente que fuese el perro, verosimilmente no hubiera comprendido los temores del caballero.

Aquellas formas negras que iban pisando la nieve eran Donnor d'Ardagh y sus compañeros apostados allá por Stephen. Este y Frank Perceval estaban un poquito mas apartados y los ocultaba la curva del parque interior de la plaza.

Rio-Santo y su interlocutor paso entre paso volvieron hácia la chimenea; y oyóse al anciano que decia con voz solemne: — Pensadlo bien, milord; la espada de Dios no debe tener mancha, y las miras de la Providencia por ser misteriosas y frecuentemente desviadas no costean jamás el camino del infierno.... ¡Vos sois poderoso y vuestro corazón ha concebido un designio generoso y noble: pero es preciso que los medios sean tan puros como grande es el objeto!.. Con que hasta mañana, milord; pues cuento con vuestra promesa: mañana sabré si mis pobres hijos, que en san Gil de Lón-dres han encontrado una miseria mucho mas grande que la misma miseria de Irlanda, pueden daros sus brazos y sus corazones, seguir á ciegas vuestro camino y morir como cristianos muriendo con vos.

—Monseñor, respondió Rio-Santo, mañana no tendré secretos para vos. Acompañó al anciano hasta la puerta de Irish-House, y los que se hubiesen hallado cerca le hubieran visto besar la mano que hace poco habia estrechado entre las suyas. Cuando se volvía solo al pasar el dintel del salon se

paró, y apoyándose pensativo en el borde de la puerta, despues de algunos segundos dijo así:—Mañana! Ah! ese hombre tiene razon! la espada del Señor debe ser pura y sin mancha... pero lo bueno que yo he hecho puesto en la balanza quizás contrapesará con mis faltas... ¡Y además yo he trabajado veinte años! Sacudió la cabeza con tanta violencia que los rizos de su rica cabellera se agitaron como los despeluzados mechones de la melena de un leon. Erguió la frente, y al entrar en su cuarto nadie hubiera podido adivinar que acababa de pasar en su alma una ráfaga de dudas y de angustias: tan brillante se mostraba en su mirada su resolucion altiva é indomable.

—Hermano Angus, dijo alargando la mano al laird, me alegro mucho de hallaros aquí; pues hubiera sentido que no os hallaseis en esta reunion donde se juntan cuantos tienen una parte del secreto, que os confié todo entero á vos, hermano mio, hace mucho tiempo.

—Hace quince años, en la quinta de Leed, pronunció Mac-Farlane con voz apagada; y al mismo tiempo correspondió con

vigor convulsivo á la presion de la mano del marqués. Randal Grahame meneó la cabeza en señal de temor y de duda.

— Escuchadme , amigos , prosiguió Rio-Santo, cuyos ojos brillaban de entusiasmo y de audacia; escuchadme. Ha llegado la hora de no ocultaros nada... Hace veinte años que yo solo declaré la guerra á la Inglaterra en nombre de mi difunto padre y de la Irlanda oprimida.... Hace veinte años que trabajo sin descansar.... Esta noche voy á presentar la batalla, y á decidir el destino de la guerra con un solo golpe.... Os he escogido por mis subalternos.

— Gracias, dijo Bembo, mientras que Randal y Paulus se acercaron uno á otro. El primero, hombre inteligente y enérgico, se habia entregado al marqués con conocimiento; mas el otro estaba subyugado, pues la audacia superior de Rio-Santo habia obrado en él completamente, y le era adicto tanto ó mas que si su adhesion de instinto hubiese salido de la cabeza ó del corazon.

El laird cruzó los brazos sobre el pecho,

y dijo con frialdad: — ¡Ah! ¿es para esta noche? Pues bien, hermano Fergus, me alegro de haber venido....

— Todo está pronto, prosiguió Rio-Santo, las medidas combinadas con paciencia desde de tan largo tiempo van á dar su resultado de una vez.... No creais ir al combate cual víctimas ofrecidas, pues la victoria es segura: mas segura que si me llamase Fernando ó Nicolás, ó que á retaguardia tuviese los soldados del Austria ó de la Rusia.... En la hora en que os hablo la Irlanda armada aguarda la señal de guerra; el pais de Gales dispuesto á sublevarse encubre la vasta conspiracion de sus paisanos con máscaras grotescas, y limpia las armas cuando lo creen ocupado en cubrir con caricaturas las nuevas murallas que han de servir para el cobro de los impuestos; Birmingham y los condados manufactureros se agitan por la carta del pueblo: hay hallá cincuenta mil soldados que solo aguardan un grito salido de Lóndres para unir sus filas y ponerse en marcha. Por fin, al rededor de Lóndres innumerables juntas tambien han proclamado la carta del pue-

blo, y este nuevo nombre de *cartistas* ha hecho temblar á los ministros del rey hasta en el consejo....

—En Lóndres.... ¡Ah! en Lóndres es donde somos fuertes!... Hoy mismo rumores fatales han consternado la bolsa. La Inglaterra se cree amenazada de un nuevo bloqueo continental. Parece que el espíritu de Napoleon, penetrando el mármol de su lejana tumba, ha atravesado los mares para inculcar en todos los gabinetes europeos pensamientos de odio y de guerra.... Habéis de saber que hay mucho miedo, el comercio está inquieto; los capitales, esta sangre de las venas de la Inglaterra, van á cesar de correr; el coloso va á caer atacado de parálisis.... Y en este momento mismo es cuando va á venir sobre él un súbito y formidable ataque.... mientras que la compañía de las Indias está aun resentida por los muchos golpes que la han herido; mientras que deplora la pérdida de sus factorías, de sus navíos y de los cien millones anuales que el reciente edicto del emperador de la China va á sacar de sus cofres, mientras que conscribe ella nuevos solda-

dos para sostener las muchas pequeñas guerras que le hacen los rajahs despojados del Indostan; mientras que en una palabra, se está agotando en defenderse contra lejanos ataques y la guerra y el pillage están á sus puertas....

—Y todo esto eres tú quien lo has hecho ó lo harás, ¿es así, hermano Fergus? dijo el laird.

—Sí, yo; yo solo, respondió Rio-Santo, en cuya mirada se ostentó un vivo resplandor de orgullo.

—Y nosotros ¿qué tenemos que hacer? preguntó Bembo temblando de impaciencia y de ardor.

—¡Mi hermano Fergus es bastante fuerte! repuso el laird antes que Rio-Santo hubiese podido contestar; cuando él habla, se obedece.... No he olvidado yo tan solo porque me ha dicho él: ¡olvida mi odio contra el verdugo de mi hermana!... Ah! estoy contento de haber venido.

Rio-Santo le estrechó las manos.

—Gracias, hermano, dijo con emoción: también yo estoy contento de daros la mano á la hora del peligro, á vos á quien

he elegido entre todos para ensanchar mi corazón y para amar.

La mano del laird tembló ligeramente, y sus cicatrices se enrojecieron hasta el punto que parecían sangre.

Rio-Santo prosiguió.

—La compañía es la mitad de la Inglaterra... y la otra mitad, las partes más nobles de este gran cuerpo; el corazón y la cabeza, por decirlo así, el gobierno en una palabra, están minados con la misma energía, y sufrirán el golpe con igual violencia... En este momento las cámaras del parlamento están reunidas; nada se dice en ellas, porque se teme llevar á la tribuna mortales revelaciones, y whigs y torys por un acuerdo tácito dejan á un lado el dédalo de conflictos y de obstáculos á que ha empujado á la Inglaterra lo que ellos llaman la fatalidad.... No dicen ellos que Papineau, el ilustre agitador de la América del Norte, preside la cámara de la asamblea del Bajo-Canadá, y combate victoriosamente su dominación sobre un país tan extenso como la Europa.... No dicen que amenazan los Estados-Unidos, y

que de todos los puntos del globo á la vez se eleva una tempestad que avanza, y que se adelanta oscureciendo á lo lejos el horizonte, y cubriendo ya aquel fiero sol de la Inglaterra, cuyo suelo tiembla bajo los pasos de sus hijos....

— Si no lo dicen no es porque no lo sepan. Para resistir á estos ataques de fuera, seria menester vigor, robustez, lozanía, y todo es caduco, usado y envejecido. El pauperismo envenenado por el vicio estiene por doquiera su ancha plaga. No hay ningun trabajo. Montones de oro y nada de pan....

En fin en lugar de fuerza para levantarse y hacer frente al peligro, no hay mas que debilidad y apatía producidas por estos tres cánceres: los pobres, el cartismo y la Irlanda. Parece que Dios ha querido mostrar al mundo por un egemplo sensible que los pueblos son como los hombres, y que las disoluciones políticas reciben como las orgías privadas el castigo de las lepras vergonzosas.

Ahora bien: sobre este cuerpo debilitado van á caer hoy nuestros golpes.... Nos-

otros estamos en fuerzas.... Somos demasiado fuertes, lo aseguro; y casi me daría vergüenza atacar si nuestra causa no fuese tan santa, porque nuestros soldados serán veinte contra uno en la refriega.... Contad conmigo nuestro ejército: Spitael Fields ha debido vomitar esta tarde en Lóndres sus millares de tejedores audaces y turbulentos, irritados por la baja reciente de los salarios: San Gil ha abierto sus chirivitiles y echado á la calle sus innumerables huéspedes, como una fuerte inundación que no bastarian diques á contener; la Irlanda nos ha enviado diez mil soldados que aguardan mis órdenes; la *Familia*, en fin, que me ha hecho jefe para dirigir sus poderosos recurso contra el enemigo; la *Familia* cuyos miembros no podrian enumerarse, servirá á mis designios sin saberlo.... ¿Qué decis de mi ejército?

—Digo que se cree comprenderos á veces, milord, respondió Bembo, como aquellos niños que no habiendo visto nunca el inmenso mar ensanchan en todas direcciones el estanque de su pueblo y dicen: el mar es así, pero vuestro pensamiento que-

da siempre sobre todo lo que se imagina, lo mismo que el insondable Océano está sobre el estanque ensanchado.

— ¡Es una vasta combinacion! añadió Randal con aire pensativo.

— Dios me condene, dijo Waterfield: no hay necesidad de esto para poner en razon algunos centenares de *horse-guards*, *lise guards*, y otros bribones encarnados, azules ó blancos.

El laird levantó suavemente la cabeza.

— Sí, sí, murmuró, mi hermano Fergus hace todo lo que quiere.... Hace doce años que ha muerto Mac-Nab, y todavía no le he vengado.... Cuando puede uno detener la venganza de un hombre sin matarle, es tan fuerte como el destino.... ¿Pero sabe mentir la voz de los sueños?... Ahora es Mac-Nab y mis hijas.... Estoy contento de haber venido.

Estas últimas palabras se perdieron indistintas y confusas en el ruido que hacia el que atizaba golpeando fuertemente los troncos de coke encendido que enrojecian la hornilla.

Nadie hizo caso de esto, á no ser Randal

que estaba siempre mirando á Mac-Farlane con aire inquieto y sospechoso.

Rio-Santo, que habia hablado hasta entonces con fuego y calor, se recogió un instante, y repuso con voz serena:

— Hé aquí ahora, amigos, cuáles serán vuestros puestos de batalla. Angelo, vos vais inmediatamente al rincon de san James-Street que en este momento está lleno de gente. Hay allí hombres de la *Familia* y quinientos irlandeses armados bajo las capas. Los gefes tienen un pañuelo al redor del sombrero: están esperando á su comandante que sois vos, y os dareis á conocer con la palabra convenida que es *Erin*; despues os esperareis acercándoos lo posible al palacio de Buckingham, donde está el rey.

— ¿Y qué he de esperar? preguntó Bembo.

— Esperareis que un cañonazo os dé la señal para atacar el palacio de S. M.

— Muy bien, dijo Bembo, podeis contar conmigo, milord.

— Vos Pablo, prosiguió el marqués, ireis á White-Hal y os encargareis á la

vez del almirantazgo, de la tesorería y de los *horse-guards*... Allí encontrareis gefes subalternos que os están esperando y no os faltarán hombres.

—¿El santo y seña es el mismo? dijo Pablo.

—El mismo, así como la señal.

—A fe mia, O-Breane ó milord, si esto os conviene mejor, exclamó el antiguo matador de bueyes, es menester deciros que lo que es yo me rio de la verde Irlanda como de los antípodas, pero haré todo lo que querais.... Es una cosa convenida.

—Vos, Randal, continuó todavía Rio-Santo, cuidareis de las dos cámaras del parlamento, y especialmente de los ministros, que pondreis presos. Smith y Falkstone, que están prevenidos, cercarán las oficinas de la compañía de las Indias y Somerset House. Los demás establecimientos del gobierno quedarán á cargo de nuestros irlandeses y de la comocion.

—¿Y vos milord? preguntó Randal.

—Yo, respondió el marqués, os daré la señal con los viejos cañones de la torre de Lóndres, en donde sé de qué medios me he de valer para entrar.

— ¡Ah! murmuró el laird que escuchaba inmóvil y con los ojos bajos.

— Vos, hermano Angus, replicó Rio-Santo, me seguireis siempre, porque no conviene que nos separemos en estos momentos.

— Estoy contento, dijo el laird.

Rio-Santo miró el reloj que marcaba las diez, y se levantó.

— Es ya tiempo de que nos separemos, señores, hasta vernos; Angelo, que Dios os proteja, mi querido. Hasta vernos, amigo Randal, y vos bravo Waterfield.... Espero que nos encontraremos bien pronto.

— ¡Quiera Dios que no os equivoqueis, milord! murmuró Bembo conmovido. Os aseguro con toda la franqueza de mi alma, que el momento en que os vuelva á ver será uno de los mas felices de mi vida.

Y estrechó la mano que le alargó Rio-Santo. Randal y Pablo hicieron otro tanto, y salieron todos tres por la puerta de atrás que daba á Belgrave-Lane, con objeto de dirigirse á sus puestos.

Angus y el marqués quedaron solos.

Este último ocomodó bajo el vestido un

hermoso par de pistolas, y guardó en el pecho un corto puñal de hoja sin bruñir, historiado en sus tres caras hasta la mitad de su largo, y muy acanalado desde aquí hasta la punta.

Mientras que se ocupaba en esto, atravesaba el laird pálido y con paso trémulo la sala, con direccion á la ventana que abrió en seguida.

—¿Estais malo, Angus? preguntó Rio-Santo.

El laird tenia sobre su frente gruesas gotos de sudor.

—Sí, hermano O-Breane, articuló él, oh! si.... me encuentro malo.... porque os amo aun.... os amo.... ¡si supieseis lo que os amo!

El laird se apretaba la cabeza con ambas manos, y su voz sollozaba:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! continuó, las fuerzas me faltan.... Yo no quiero ir con vos.... no!... La voz de los sueños....

—¡Todavía! interrumpió el marqués con una sonrisa; ¿no ha concluido vuestra fiebre?...

—¡Mi fiebre! repitió Angus, cuyos

ojos se estraviaban, escuchad.... qué sé yo por qué os amo.... Poco ha estaba resuelto.... Ahora.... ¡Ah! ¡hermano, no vayais, os ruego que no vayais!

Rio-Santo no hizo caso, creyendo que aquel terror súbito procedía de los peligros inherentes á la lucha que iba á empeñar.


—¡Quita! Mac-Farlane, esos son temores de muger.... ¿Si yo muero no morirás tú conmigo?

Y adelantándose hácia la ventana quiso tomar la mano del laird. Este, acometido de una emocion insuperable, se echó en sus brazos llorando.

Los bultos negros se agitaron sobre la nieve como se ponen en movimiento los soldados formados en filas á la voz de «preparen.»

XXXVI.

El último paso.

 **PENAS** hubo tocado Mac-Farlane la megilla del marqués de Rio-Santo, cuando se retrajo violentamente hácia atrás. Su semblante estaba horrorizado, y sus ojos errando por el vacío cada vez se ponian mas estraviados.

— ¡Judas! ¡Judas! articuló él: he dado un beso en la frente de mi hermano....

El marqués se habia dirigido otra vez á la chimenea y agitado una campanilla.

— Que enganchen al momento, dijo al lacayo que se presentó, mi tilburí y mi mejor caballo.

Salió el criado y algunos momentos despues bajaba Rio-Santo la gradería de Irish-House, llevando á rastra materialmente al laird.

Al bajar la gradería habia un elegante tilburí tirado de una bonita yegua, de que á primera vista se hubiese enamorado lord Johu-Tantivy.

El noble animal piafaba endureciendo con sus pisadas la nieve que habia caido nuevamente, y levantando con fuertes sacudidas su nervioso cuello.

— Subid, Mac-Farlane, dijo Rio-Santo.

El laird quedó inmóvil.

A lo largo de la reja del sequare hubo un movimiento lento y casi imperceptible en los hombres que estaban allí esperando cerca de tres horas. Y se fueron escurriendo dulcemente siguiendo la acera arriada á la reja, encontrándose bien pronto enfrente de la gradería de Irish-House.

Frank Perceval y Stephen, que estaban apostados mas lejos del otro lado del ángu-

lo del pequeño parque de forma cuadrada que está en medio del square, atravesaron la calle y llegaron á la acera dependiente de las casas. Una vez que estuvieron allí se acercaron con precaucion al tilburí.

Rio-Santo, que habia ido á dar una vuelta al tiro para hacer una caricia á su yegua favorita, volvió en este instante y agarró al laird del brazo, diciendo:

— ¡Vamos, hermano, vamos!

Mac-Farlane desvió bruscamente el brazo y dió un paso atrás.

— ¡No, no, no! dijo él por tres veces; ¿qué importa la voz de los sueños?...

Rio-Santo le miró fijamente.

— ¿Qué teneis, Angus? le preguntó: el tiempo urge. ¿No quereis venir conmigo?

— ¡No quiero hermano!... ¡oh! hermano mio Fergus, ¡tened piedad de mí!... subid otra vez la gradería... ¡Volveos dentro!... entrad aprisa.... Os lo voy á decir todo.... ¡Si supieseis!...

Rio-Santo estuvo un instante indeciso, no porque tuviese la menor sombra de temor por sí mismo, sino porque amaba á Angus lo mismo que antes, y queria saber

el motivo de esta turbacion extraordinaria. Pero un incidente de este género no podia detenerle mucho tiempo; miró el reloj y puso el pie en el estribo.

—Quedaos ó venid, hermano, dijo él, como querais; pero decidios pronto porque mis momentos son contados.

Angus echó en torno suyo una mirada á hurtadillas y vió avanzar los bultos negros por todas partes y disponerse por medio de una lenta maniobra á cercar el tilburí.

Y se lanzó al estribo despues de Rio-Santo.

—Bien está, dijo él; sí, partamos... pero partamos os digo... Apretad al caballo... al galope.... ¡mas que al galope!

Rio-Santo tomó las riendas, y levantando la cabeza para tomar la direccion, percibió por primera vez dos ó tres hombres en el mismo medio de la calle.

Entonces tuvo una vaga sospecha.

—Pero, andad luego, hermano, ¡por Dios! exclamó Angus cuya emocion iba creciendo.

El marqués habia tenido tiempo de echar en torno suyo una mirada circular. Y vió

á derecha é izquierda en la calle, en las aceras, por todas partes en fin, hombres diseminados que parecia le estaban esperando.

—Hé aquí una cosa bien estraña, murmuró él.

—¡Oh! ¡pero andad luego, hermano!... dijo Angus que le temblaban todos los miembros.

Rio-Santo levantó hácia él los ojos, y vió sus facciones descompuestas espresando el parasismo de una horrible angustia.

—Milord, milord, dijo en este momento un lacayo bajando precipitadamente los escalones de la gradería, esos hombres que cercan á Vueseñoría están armados, estoy bien seguro.... porque he visto....

—Sí! sí! interrumpió Angus, pasadles el cuerpo hermano.... ¿vuestro caballo es bueno?...

Rio-Santo midió con una rápida mirada el terreno que habia que andar, y los intervalos que dejaban libres aquellos que se le designaban como sus enemigos.

—¡Clary, mi linda Clary! dijo él suavemente.

La yegua enderezó sus jarretes, levantó la cabeza y encrespó las orejas.

— ¡Clary! tartamudeó el laird llevando la mano á su corazón que desfallecía.

Rio-Santo aflojó las riendas y dijo á media voz:

— ¡Hop Clary! hop hermosa.

La yegua partió rastreando la nieve.

— ¡Clary! ¡Clary! repitió el laird. ¡Ah! ¡ah! ¡Clary!.... Me habia olvidado..... ¿Qué has hecho tú de Clary, Fergus O-Breane?

Levantóse, y arrancando las riendas de las manos del marqués, tiró con tanta fuerza de ellas que hizo retroceder al tilburí que estaba ya lanzado al galope hasta debajo de la gradería de Irish-House.

Hasta este momento, lo mismo los hombres apostados que los jóvenes Stephen y Frank, habian quedado indecisos esperando en vano la señal convenida entre ellos y el laird.

Todos á la vez se conmovieron en el momento en que el laird hacia retrogradar el carruaje, que en un abrir y cerrar de ojos se encontró enteramente cercado.

—¡Ah! hermano Fergus, repuso Mac-Farlane con voz sonora, ¿qué has hecho de Clary?... ¿y qué has hecho de Ana?

Estos lamentos furiosos eran un enigma para Rio-Santo.

Su primera idea fue que estaba cercado de hombres de policía, y que Smith ú otro le habian vendido.

Permanecia sentado, tranquilo al parecer, sobre los cogines del tilburí, mientras que Mac-Farlane en pie delante de él gesticulaba echando espuma por la boca, y como si estuviera acometido de un furibundo acceso de frenesí.

Dos hombres tenian ya la brida del caballo.

La luz de los dos reverberos que habia delante de la gradería de Irish-House, entre los que se encontraba entonces el tilburí caia de frente sobre el altivo y pálido semblante del marqués de Rio-Santo, y Stephen no tuvo trabajo en conocer en él al elegante extranjero de Temple-Church. Pero entre el hombre de Temple-Church, su enemigo de ayer y el asesino de su padre, sacrificado despues de tantos años á su ven-

ganza, existia siempre aquella diferencia material que habia alejado tanto tiempo las sospechas de Stephen. El jóven médico tenia ahora el testimonio del laird, y no dudaba ya.... pero buscaba siempre sobre aquella noble frente que acababa de descubrir el brusco ataque de Angus, otro testimonio físico é irrecusable: la cicatriz grabada tan profundamente en sus recuerdos de niño.

— Lo mismo sucedia con Frank. ¿Era el marqués de Rio-Santo quien estaba allí delante de él; era el hombre detestado, el rival afortunado, el tirano cruel de la pobre Mary; pero era tambien el verdugo de Harriet?

El marqués de Rio-Santo no hacia ningun esfuerzo ostensible para desembarazarse, y miraba con un aire de sorpresa tranquila á aquellas gentes desconocidas agrupadas al rededor del carruage, y parecia que esperaba una esplicacion.

Pero la fisonomía del marqués de Rio-Santo, tan hábil para espresar todos los sentimientos y todos los matices de sus pensamientos, sabia en las ocasiones usar

de un disfráz discreto, y aunque estaba sereno y tranquilo, detrás de aquella serenidad fingida, detrás de aquella calma, resultado de un esfuerzo desesperado, habia una terrible angustia.

Dentro de una hora todas las fuerzas reunidas de los tres reinos acaso no hubieran bastado á comprimir su temible vuelo, y ahora algunos hombres podian estorbarle el camino. No es suficiente la pisada de un pasagero que pone el pie sobre el reguero de pólvora, ó una gota de agua que moja por casualidad la mecha encendida para prevenir aquel choque gigantesco, cuyo movimiento calculado abonda golfos y nivela montañas, pero si la chispa ha tocado una vez á la mina, ¿qué ejército ó qué diluvio podria detener la explosion?

Los últimos acontecimientos que hemos referido se habian sucedido con la rapidéz del pensamiento. No habian pasado diez segundos entre el cambia repentino del laird, y la irrupcion de las gentes de Stephen Mac-Nab.

No hay necesidad de esplicar que el laird, vacilante de espiritu y no encon-

trando en su turbado cerebro una base sólida en que sentar sus ideas, habia experimentado de improviso, y en medio de sus pensamientos de venganza, los efectos de aquel poder dominador que el marqués de Rio-Santo ejercia por dó quiera al rededor de sí. Habia olvidado él su odio para no acordarse mas que de aquella ternura paternal y apasionada que le unia á Fergus O-Breane. Pero el nombre de Clary, que resonó en sus oidos, habia roto el encanto.

Acordóse de su cólera y este retorno tuvo lugar con tanta mas violencia cuanto que el laird habia estado mas cerca de perder la ocasion de castigar y vengarse.

Un completo silencio reinaba al rededor del carruage detenido. La puerta de Irish-House se habia abierto; y sobre la gradiería habia alineados diez ó doce lacayos con librea que estaban mirando.

El laird con una mano tenia las riendas y con la otra estrechaba el reverso del redingote de Rio-Santo.

Estaba agitado y no podia hablar.

Rio-Santo le desvió dulcemente.

—Señores, dijo él con una voz que vibró sonora y serena en medio del silencio; yo me llamo **D. José María Tellez de Alarcon**, marqués de **Rio-Santo**. Soy grande de Portugal de primera clase y encargado de una mision diplomática cerca del gobierno inglés. Si sois caballeros os suplico, despues de esta esplicacion que no debia daros, que solteis la cabeza de mi caballo y me hagais paso; si sois dependientes de policia os intimo que desocupeis la calle, absteniéndoos sin ninguna escusa, de un insulto tan brutal y contrario al derecho de gentes.

Entre los hombres que formaban corro en la calle ninguno se meneó; pero Frank y Stephen dejaron á la vez la acera y fueron á colocarse uno á la derecha y otro á la izquierda del marqués.

—No hace tanto tiempo, dijo Frank con una voz hirviendo de cólera, que nos hemos visto de cerca el marqués de **Rio-Santo** y yo para que necesite yo declinarle mis nombres y titulos....

El marqués se bajó un poco para ver mejor.

— ¡El honorable Frank Perceval! murmuró él con amargura; dicen que las gentes á quienes se les hace una limosna de su vida se convierten en implacables enemigos.... ¿qué me queréis, señor?

— Quiero pedir os cuenta, milord, respondió Frank que apenas podia contenerse, de un crimen infame y que no tiene egemplo.

Y levantándose sobre la punta de los pies pronunció muy bajo:

— Yo soy el hermano de Harriet Perceval, milord.

— Y el amante infortunado de Mary Trevor, añadió irónicamente el marqués; debo manifestaros, señor, que no he tenido el honor de conocer á mi lady, vuestra hermana.

— Es verdad, dijo Frank; la habeis matado sin conocerla.

En esta lacónica acusacion habia un acento tan profundo de odio y amargo dolor á la vez, que el marqués iba á pedir esplicaciones, cuando sintió que una mano le agarraba del brazo.

Se volvió y se encontró de frente con Stephen.

Yo soy el hijo de Mac-Nab, fue lo único que dijo este.

Rio-Santo se estremeció de la cabeza á los pies.

— ¡Mac-Nab! ¡mi hermano Mac-Nab! pronunció tristemente el laird; sangre por sangre... ¡Estoy contento de haber hecho lo que he hecho!

Signióse un corto momento de silencio. El marqués parecía haberse convertido en estatua, y su vista inmóvil estaba fija adelante....

¡Quién podrá decir lo que pasaba en este hombre en aquella hora extrema! ¡Había trabajado veinte años, vencido obstáculos que otros hubiesen creído insuperables; había removido todo el mundo! Y ahora el último paso un precipicio....

¿Diríase él acaso que este castigo era de justicia y que sus crímenes eran los que se levantaban contra él? ¿O bien se diría que le castigaba Dios por su clemencia por haber salvado dos veces la vida al hermano que le hacia traicion y perdonado la existencia de aquellos dos hombres que pedían su sangre?

No tuvo mucho tiempo además para reflexionar.

—Señor, dijo Stephen con frialdad, tened la bondad de bajar si os place; ya comprendereis que toda resistencia es inútil, y que os valdrá mas ahorrarnos la triste necesidad de emplear la violencia.

Todos los lacayos del marqués eran ingleses y contemplaban la escena con la mayor flema y no se movian mas que si se tratara del gran turco. Veíaseles escalonados sobre la gradería con sus vestidos encarnados, y dos ó tres de ellos llevaban largas cañas que en caso de necesidad podian servirles de armas. Podemos asegurar que si una pobre trapera irlandesa hubiese estorbado el camino por un descuido, los valientes criados la hubiesen cargado á la vez y puesto en fuga.

—¡Callaos, mi sobrino Mac-Nab! exclamó el laird, cuyo desórden aumentaba; ¡no sabeis lo que hablais!... ¡Ah! cuando se aborrece es preciso aborrecer mucho.... ¡El ha muerto á vuestro padre!... ¡El ha robado mis hijas!...

— ¡Yo!... quiso interrumpir el marqués.

— Clary y Ana..... ¡las dos!.... ¡las dos!... Tengo que hacerme violencia, ¡ah!

Y se arrojó gritando sobre Rio-Santo, y le cogió de la garganta.

Durante un corto rato se empeñó una lucha confusa, en la que no se pudieron distinguir mas que imperfectamente los movimientos de los dos adversarios. Mac-Nab y Perceval se interpusieron.

En este momento Rio-Santo, que acababa de desprenderse de los frenéticos aprietos del laird, levantó la cabeza. Su ojo brillante despedía rechazando los luminosos rayos del gas; un rojo sombrío y uniforme, resultado de los esfuerzos de Angus ó de la cólera, había reemplazado la palidez de las facciones del marqués; tenía las cejas fruncidas, y sobre el fondo purpúreo de su frente una línea lívida, bastante profunda se notaba desde la ceja al nacimiento de los cabellos.

Frank y Stephen dieron un grito.

— ¡La cicatriz!

Pero nunca fruncia las cejas Rio-Santo

para una cosa pequeña. Se habían perdido de vista sus movimientos durante un segundo y otro segundo le bastó.

El laird, derribado violentamente fue á caer en los brazos de Stephen, y se oyó una voz imperiosa:

— ¡Soltad la brida ú os va la vida!

Los dos hombres que tenían el caballo no obedecieron, y una tras otras se oyeron dos detonaciones.

— ¡Hop Clary! ¡hop mi querida! dijo el marqués.

La dócil yegua obedeció al freno que estaba libre entonces, porque los dos hombres habían rodado sobre la nieve.

El tilburí partió como un rayo. Clary había ganado el premio en las últimas carreras de Epsom con el famoso Tippo-Sach por el que había apostado Su Señoría el conde de Chesterfield sacando tres contra uno en dos estaciones.

— ¡Cien guineas al que le detenga! exclamó Stephen desesperado, lanzándose tras de las huellas de Rio-Santo.

Donnor de Ardagh blandió un largo cuchillo que tenía en la mano.

— ¡Oh! Vuestro Honor, dijo él, Donnor le va á detener por nada.... El lord tiene un buen caballo seguramente, pero la entrada de Belgrave Street está enlosada y los lores no advierten estas cosas.... Se verá obligado á volver, y si el carruage me pasa sobre el cuerpo, pienso que cuidaréis de la niña que está en san Gil.

Donnor se alejó y llegó al ángulo de Belgrave Street mucho antes que los otros, y en el momento mismo en que el marqués detenido por el obstáculo indicado volvía á todo galope para tomar el otro lado del square.

Viósele precipitarse el primero. La carrera del tilburi no aflojaba, pero Donnor, encaramado de las varas, se dejaba arrastrar, y no soltaba la presa á pesar de los esfuerzos del marqués.

Al cabo de unos cien pasos Clary tropezó.

— ¡Hop mi bella! dijo Rio-Santo.

Clary dió un salto hácia adelante y volvió á tropezar. A los diez pasos cayó muerta.

Donnor se echó fatigado en la nieve

dando un grito de victoria. Habia llegado á entrar todo su cuchillo en el vientre de la yegua.

—¡Oh! ¡Vuestro Honor! dijo él á Stephen que corria. ¡Yo no habia hecho todavía nada hasta ahora para pagaros el pan que me habeis dado y los vestidos de mi niña!



XXXVIII.

Efectos del frio sobre una convuocion.

LAS dos varas del tilburí se habian roto en la caída, y el marqués de Rio-Santo habia sido arrojado violentamente en el suelo. Estuvo algunos segundos como aturdido por el golpe, pero al fin logró levantarse antes que el grueso de sus adversarios pudiese apresarle.

Estaba de pie en medio de la calle, y tenia el puñal en la mano.

Todas las ventanas de Belgrave square

se habian abierto á los dos tiros de pistola; los criados habian bajado á la calle, y los amos trataban de ver sin comprometerse.

Algunos grupos desembocaban de las calles inmediatas diligentes y curiosos.

Los agresores que llegaron primero cerca del marqués, se pararon sin atacarle, porque la luz resplandeciente del gas alumbraba su postura determinada, y dejaba ver como si fuera de dia los detalles de su cuerpo ágil y vigoroso. Stephen y Frank fueron los que se echaron sobre él los primeros.

— ¡Qué! ¡los dos á un tiempo! dijo el marqués con sarcasmo.

Habia él evitado el golpe de Frank, y tenia el puñal levantado sobre Stephen, que acababa de tropezar contra una astilla de las varas del coche.

Pero no descargó el golpe.

Un clamoreo lejano y confuso se dejaba oír en direccion de Chapel-Street.

— ¡Rendíos milord! dijo Stephen que habia tenido tiempo de levantarse; ya veis que es inútil toda resistencia.

— Ya veo que sois veinte contra uno,

señores, replicó Rio-Santo. En cualquier país esto sería una bajeza; pero en Londres es habitual prudencia.... Me rindo al honorable Frank Perceval.

Y sin dejar de hablar aplicaba el oído atentamente. El ruido aumentaba del lado de Chapel-Street, y se veía como un murmullo inmenso engrosando por intervalos y estinguiéndose despues para renacer, creciendo un instante para decrecer otra vez.

El marqués de Rio-Santo habia arrojado su puñal, y se encontraba desarmado entre Stephen y Perceval.

— Milord, le dijo éste, el momento no sería el oportuno para irritarse por vuestros reproches ó rechazar severamente la ultrajante amargura que va mezclada en ellos. Sin embargo, me atrevo á decir á Vuestra Señoría, que veinte cazadores pueden, sin que esto sea una vergüenza, acorralar á un jabalí en su gruta.... Tened la bondad de seguirnos si os place.

Toda la turba se puso al instante en marcha hácia Chapel-Street, para llegar al despacho de policía de Westminster.

La fisonomía del marqués había perdido su carácter de calma altanera y provocativa, y tomado una espresion de frialdad indiferente. Nadie en este momento hubiera podido imaginar lo que pasaba dentro de él. Acaso estaba tocado de aquella pesada apatía que se sigue á la derrota, y esto era á lo menos lo que debian creer los que no conocian mas que su exterior, y no habian podido medir nunca la fuerza oculta de su alma.

Y acaso tenia aun algun motivo misterioso de esperanza.

Lo cierto es que cada vez que llegaba de Grosvenor-Place por Chapel-Street algun clamor mas sonoro, el marqués apretaba involuntariamente el paso como si quisiera tomar la delantera á sus guardias. Por fin llegaron al ángulo de Belgrave-Square. No era difícil conjeturar que una reunion muy considerable se agolparia en Grosvenor-Place; pero con todo, la pequeña tropa seguia marchando.

Cuando se vió el marqués en Chapel-Street, que llenaba ya los gritos de la multitud, su fisonomía se iluminó con una

expresion de contento que disimuló al instante.

— Andemos de prisa, dijo Stephen, porque si no nos encontraremos con el paso obstruido.

— ¡Parece que esto tiene trazas de una conmocion! añadió uno de los que le acompañaban.

Una conmocion era en efecto. Era el ala de un inmenso ejército que en aquella hora desplegaba por las calles de Londres sus numerosos batallones. Eran las gentes de san Gil, los ladrones de la *Familia*, y los irlandeses que, siguiendo una direccion marcada, se precipitaban desde los parques hasta el palacio de Buckingham.

Una vez que Rio-Santo estuviese junto á esta muchedumbre, de que era el alma, no tenia mas que pronunciar una palabra para salvarse. Hé aquí por qué su fisonomía se habia animado á pesar suyo; hé aquí por qué abreviaba el paso, y hubiera pagado las varas que le separaban aun de la plaza de Grosvenor, dando por cada una, una semana de vida.

Pero tenia en el camino un obstáculo

viviente, un hombre que parecia habia escogido Dios para doblar el cáliz de la amargura. Angus Mac-Farlane habia asistido al consejo secreto celebrado en el salon de Irish-House, y sabia por tanto lo que significaba aquel tropel, cuyos rumores llegaban al marqués como un presagio de salvacion.

Estropeado aun de su caida se arrastró sobre la nieve hasta la entrada de Chapel-Street, y mandó hacer alto.

Rio-Santo palideció al oír aquella voz antes querida, y que ahora era la de su enemigo mas implacable.

El laird habló algunas palabras: Stephen y Frank cambiaron al instante de direccion, y como el marqués rehusára dar un paso en opuesto rumbo, le agarraron del brazo y le llevaron á rastro contra su voluntad.

En Belgrave Square se encontraron con unos hombres de policia que habian acudido al ruido de las dos denotaciones, y Rio-Santo fue puesto á su disposicion y llegó á la oficina de policia de Westminster, escoltado por todos aquellos que habian contribuido á su prision.

Mientras sucedia esto, Lóndres, la ciudad antipática á las conmociones, porque la hacen cerrar las tiendas, se conmovia horrorizada replegándose á sus negras casas, como hace el caracol á su concha á la proximacion del peligro.

La conmocion crecia y se engrosaba. ¿Pero adónde iba? ¿Con qué objeto se armaba la multitud? ¿En provecho de quién se hacia la revolucion?

Algunas cortinas de las ventanas se entrecorrian; los caballeros miraban, y al aspecto de esta sublevacion colosal que echaba á la calle tantas cabezas de hombres como piedras habia, se preguntaban qué iba á ser de Lóndres, de la ciudad mal guardada por escelencia, en donde no hay mas tropas que las meramente necesarias para formar la parada los dias de fiesta delante de san James, la ciudad tranquila, organizada por el lucro y la paz, incapáz para la guerra, y defendida solamente por algunos centenares de *horse-guards*, los mas espléndidos caballeros de carton del mundo.

La multitud iba reuniéndose sin cesar,

ya gruñendo sordamente, ya poblando los aires con clamores atronadores. Iba estrujando y deshaciendo la nieve bajo los pies.

Y este gentío iumenso no tenia bandera. No gritaba entonces para que ocupáran el poder los whigs, ni los torys, ni los radicales, y su cólera era tanto mas terrible, cuanto tenia un misterio inesplicable.

El palacio de Buckingham estaba cercado. White-Hall y sus cercanías, en donde están reunidas todas las administraciones públicas, estaban tomadas de antemano, de manera que el número de los agresores alejaba toda idea de resistencia. Los miembros de las dos cámaras del parlamento atónitos escuchaban en silencio aquel pueblo amotinado á las puertas, cuyas voces desordenadas hubiesen ahogado su fria elocuencia.

¡Oh! todo estaba previsto, todo; escepto la parte que la mano oculta de la Providencia habia dispuesto colocar en el acontecimiento.

Lóndres se encontraba atacado á la vez lo mismo que la Inglaterra, por todas sus partes vulnerables. El mismo genio era el

que habia ordenado aquel doble plan de batalla.

Pero la señal no llegaba. Los generales de Rio-Santo, participando de la impaciencia comun, esperaban: el cañon de la torre no se oia.

¿Quién no conoce los pasos aturdidos, ciegos, disparatados y brutales de este monstruo sin cabeza que se llama la *Revolucion*? Pasa destruyendo todo obstáculo que se presenta, fortificándose con el combate, engrandeciéndose á cada gota de sangre que vierte, capaz de hacer milagros si una vez ha olfateado el ambiente deseado de la muerte. Pasa lleno de ardor y de alegría, siempre que se le den hombres que matar, y palacios que demoler.

— Escuchad; si le ois rugir muy fuerte y arrojar al cielo los aullidos de su asquerosa algazara, es prueba de que ha hecho trizas algunas columnas de mármol ó despedazado miembros de carne, y que danza sobre las ruinas ó calienta sus pies en la sangre.

Pero si no le echais nada sobre el camino; si no olfatea la ralea, ¿cómo queréis

que se anime? La embriaguez en vacío no dura mucho tiempo. El dar gritos no basta siempre, y para estar á gusto es menester beber, si son hombres, y degollar, si es pueblo.

Y la señal no venia.

El monstruo tenia los pies en la nieve derretida, y como se le obligaba á quedar en aquella posicion, tiritaba muy bajo.

¡Ah! si hubiera resonado algun grito entre esta multitud estúpida, si se les hubiera mostrado el objeto diciendo: ¡Hiere! ¡entonces hubiera tomado ella el gusto al pasatiempo, y desgraciado del objeto indicado, fuese soldado ó monumento! pero nada. Los generales de Rio-Santo esperaban.

Las horas fueron pasando: una espesa nieve caia sin cesar. La conmocion tuvo frio.

La conmocion se disipa del mismo modo que se forma. ¿Quién sabe de dónde viene la borrasca y adónde se dirige? Hacia las diez de la noche los hombres de policia recorrían ya las calles de Lóndres, en

donde el tropel no habia dejado otra cosa que un aumento de lodo.

En un solo punto era donde no habia cedido el motin, en el ángulo de Prince-Street y de Poultry. Ya sabemos que allí el *rush* tenia un objeto, y que no habia necesidad de señal para comenzar el robo del banco.

El momento estaba fijado; á las once debian comenzarse las operaciones.

Pero el laird habia tenido tiempo para dar su declaracion en el juzgado de policia de Westminster, y á cosa de las diez desembocó por Threadneedle-Street, que estaba libre, un batallon de guardias á pie, que tomó posicion tranquilamente delante de la puerta del almacen de Sodawater.

Las gentes de la *Familia* les miraron, Paddy blasfemó y Snail dió un aullido.

A media noche todo estaba tranquilo en la ciudad, escepto una docena de albañiles ocupados en tapiar á la luz de unas hachas la puerta del almacen de Sodawater.

Afortunadamente, de lo que dió Mr. Smith ardientes gracias al cielo, no que-

daba nadie absolutamente en el subterráneo.

Nadie, escepto Saunder el Elefante, que se encontraba tambien cercado con los restos de su cena del dia anterior y su jarro de gin.

Cuando Susana dejó á Clary Mac-Farlane, á quien acababa de salvar, sobre la acera de Cornhill delante de la casa de mistress Mac-Nab, era ya tarde.

Al instante se hizo conducir ella á Regent-Street en casa de la condesa de Derby.

Dos dias hacia que la hermosa niña habia sido separada violentamente de Brian de Lancaster, en el momento mismo en que acababa de contarle su historia, y desde entonces ignoraba completamente lo que habia sido de Brian. No atreviéndose á ir sola á la habitacion del segundo de Lancaster, lo que hubiera sido contrario á los sentimientos de educacion y de pudor que habia aprendido tan rápidamente en su corto paso por el mundo, pensaba naturalmente en adquirir noticias por lady Ophelia, su única amiga.

Durante estos dos dias la inquietud habia tomado poco asiento en las ideas de Susana. Habíase entregado toda entera al papel de protectora que le ordenaba el estado doloroso de la pobre Clary, y este papel era adoptado á su carácter, se complacia en él. Habia en su naturaleza fuerte y generosa un fondo inagotable de bondad compasiva. La madre mas tierna se hubiese declarado vencida al ver los cuidados amorosos, las delicadas solitudes con que habia la jóven agasajado á Clary su hermanita, como la llamaba ella. Tenia Susana la propiedad de amar hasta sacrificarse en la amistad y hasta adorar en el amor. La imágen de Dios caritativo se hallaba entera en aquella alma pura y noble en tanto que el imperfecto espejo del corazon de la hija del hombre puede reflejar las perfecciones divinas.

Desde que Clary volvió á su familia y no reclamó ya sus cuidados, entró á dominar otra vez á Susana el recuerdo de Brian de Lancaster. Mas de diez veces estuvo por mandar al cochero cuando iba de Cornhill á Regent-Street que volviera bridas y

la condujera á **Cliffort-Street** á casa de **Lancaster**, pero se contuvo. **Lancaster** mismo parecia que no habia desaprobado antes este paso, cuando la habia dicho que la morada de lady **Ophelia** era su asilo natural.

Susana se armó de paciencia cuando creyó obedecer á la voluntad de **Brian**.

Encontró á la condesa de **Derby** sola y desazonada.

Es preciso decir que lady **Ophelia** acostumbrada antes á la vida tranquila y verdaderamente digna de los miembros de la aristocracia inglesa que han permanecido fieles á las costumbres antiguas de su raza, se encontraba ya hacia tiempo fuera de la vida austera que no hubiera debido abandonar jamás. Sus relaciones con el marqués de **Rio-Santo** habian echado una mancha á su nombre; pero inocente (ó culpable, porque al fin el mundo que no juzga mas que por apariencias no puede fallar sin apelacion) habia conservado al menos hasta entonces intacta toda esta porcion de la existencia que no afectan las cosas del amor. Pero despues de algunos dias, esta

parte reservada de su vida se encontraba fuertemente atacada. Habia ella entregado á Perceval los secretos del marqués, y por efecto de esta revelacion habia dado un paso que en las costumbres inglesas atrae sobre su autor descubierto los rayos del anatema de la elegancia; hablamos del billete entregado ocultamente á Mary Trevor: en fin, habia escrito ella, y esto estaba muy reciente, á Frank Perceval, bajo la inspiracion del marqués de Rio-Santo, una carta cuyos resultados posibles la hacian estremecer.

Todo esto era un gran peso que inquietaba su conciencia honesta y delicada. La pobre muger, atacada ya despues de largo tiempo por los disgustos de un amor desconocido y engañado, y por los malos ratos de unos celos que tiranizaban sus noches y sus dias, debia sucumbir bajo esta triple carga. De modo que su salud vacilante y delicada ya, se abatió de repente.

Susana la encontró recostada sobre una silla, pálida, abatida y con el desaliento pintado en el semblante.

Al ver á la linda jóven, Ophelia dejó

traslucir una sonrisa un tanto alegre.

— Yo creia que me habiais abandonado, dijo, y tengo gran placer en veros.

Susana la tomó la mano que estrechó dulcemente entre las suyas.

— ¡Qué pálida y qué demudada estais, querida lady! replicó ella: ¿Sufris por ventura?

La condesa puso la mano sobre el corazon.

— Sí, respondió ella, sí, sufro.... y mi mal no es de aquellos que pueda curar un médico fácilmente.... Ya os contaré mis penas, Susana.... ¿Pero qué es lo que ha sucedido?

— Yo no puedo deciros que os contaré mis penas, Ophelia, repuso la hermosa sonriéndose tristemente, mis penas son un secreto, y un secreto que no me pertenece á mí.... Despues que os he visto he sufrido mucho yo tambien, pero al mismo tiempo he tenido bastante placer.... Será para mí un dia feliz, querida lady, aquel en que pueda abriros mi corazon como lo he hecho á Brian de Lancaster, de quien voy á ser esposa.

La condesa se puso derecha en la silla y acercó á sí á Susana.

— Ya sabia yo que me traiais un consuelo, dijo ella con un cariño afectuoso, ¡es tan dulce para mí veros, Susana!... Y yo que conozco á Brian de Lancaster, que sé bien que es tan noble y tan bueno como podeis vos haber soñado en el ardor de vuestro juvenil amor.... ¡Tanto mejor! ¡oh! ¡tanto mejor, querida lady! ¡á lo menos aprenderéis á no sufrir!

Y dió un beso en la frente de Susana que se inclinaba hácia ella, sonrojándose y sonriéndose.

— Vengo á pedir os un asilo, Ophelia, repuso ésta, y ya que no puedo descubrir os mi secreto, es menester con todo que os comuniqué la embarazosa situacion en que estoy.... ya no tengo retiro....

— ¡Qué! exclamó Ophelia admirada; ¿madama la duquesa de Gevrès?...

Susana guardó silencio.

— Perdon, querida lady, prosiguió la condesa, os doy gracias porque hayais comprendido que mi casa está á vuestra disposicion, como mi persona.

Estas palabras fueron dichas con una franca efusion, y no obstante, lady Ophelia quedó pensativa así que dejó de hablar.

Seria menester tener un humor singularmente austero y disgustado para no compadecerse de aquella curiosidad instintiva, y mas rápida que el relámpago que viene á mezclar en la muger un pequeño deseo agudo y sutil como la punta del aguijon de una abispa con las mas puras expansiones del corazon. Todo lo mas, fuera de este pequeño deseo, ningun daño causa; es involuntario como lo es todo deseo, y mas involuntario que otro porque es mas súbito. Seria supérfluo censurarle. Desde que se le discute ha dejado de ser, y no existe sino á condicion de pasar desapercibido.

Porque tan luego como se le percibe es desechado con vergüenza, ó bien se recibe con estremada complacencia. En el primer caso se ha hecho justicia; en el segundo aquel deseo sobre que llamamos la indulgencia masculina, no es ya el mismo, sino que entra en esa curiosidad detestable y vulgar, vicio comun en los tontos de am-

bos sexos y que no merece seguramente lástima ni perdón.

Lady Ophelia no era sospechosa de tontería, pero con todo era muger. Sin conocimiento suyo y con una prontitud mágica, su espíritu distraído aglomeró un tropel de ideas. Se acordó de aquella grande ignorancia de todas las cosas que tantas veces habia demostrado la bella jóven de su repentina llegada y de las semi-confidencias que se la habian escapado en las horas de desahogo. Comparó estas diversas circunstancias con el alto título que llevaba Susana, viuda y sin parecer iniciada en los misterios del matrimonio, y por último vino á preguntarse cómo la princesa de Longueville se encontraba en el caso de tener necesidad de un retiro.

Este trabajo mental duró como la cuarta parte de un segundo.

El resultado fue que la condesa de Derby tuvo un vivo movimiento de cólera contra sí misma y abrazó á la jóven con redoblada ternura.

— Conozco toda vuestra bondad, querida lady, repuso Susana que se sonrojó

y turbó otra vez; vengo á pedir os un asilo, y además....

—¿Además?.... repitió afablemente la condesa.

—Hace dos dias que no he visto á Mr. de Lancaster, acabó la jóven levantando la cabeza como para protestar contra su rubor.

Lady Ophelia se levantó con presteza, y sin grande esfuerzo, para tomar una campanilla de oro que estaba algo desviada.

—Mirad, Susana, dijo ella gozosa, vos me habeis curado.... Juana, añadió ella dirigiéndose á su doncella que se presentó al toque de la campanilla, traedme los utensilios para escribir.

Juana puso sobre el sofá un ligero y elegante pupitre de tafíete. La condesa mojó la pluma en la tinta.

—Es preciso hacerle una sorpresa, querida bella, dijo en voz baja: no quiero decirle que estais aquí, y mañana cuando venga....

—No, ¡oh! no Ophelia, interrumpió Susana, decidle que estoy con vos....

—Una noche es muy larga y debe creerme cercada de peligros....

— ¡Qué decis Susana!... ¡peligros!... voy á decir á Mr. de Lancaster que estais al abrigo, bajo mi custodia.

Y dejó correr la pluma sobre el papel en dos ó tres líneas.

— Juana, repuso ella cerrando la carta, es preciso que Tom lleve inmediatamente este billete á Clifford-Street al honorable Brian de Lancaster, y que me traiga la respuesta al momento, porque quedo esperándola.

Juana salió, y la linda jóven dirigió á su amiga una mirada reconocida.

Despues continuó la conversacion. La condesa se sentia realmente aliviada, porque muchas veces solo basta el sonido de una voz querida para disipar los pesados vapores que condensan al rededor del alma la soledad y el abandono.

Susana miraba á menudo la aguja del reloj.

Y cada vez que pasaba esto, lady Ophelia dejaba ver una sonrisa melancólica, porque sin duda se acordaba de las muchas miradas de impaciencia y esperanza, dirigidas por ella sobre aquel mismo reloj en circunstancias semejantes.

En fin, Juana entró otra vez por la puerta y traía una carta en la mano.

—Dádmela, dádmela, dijo la condesa.

Susana estaba pálida de emoción.

Juana alargó la carta á su señora, que al momento conoció que era la misma que acababa de escribir, y que no la habian abierto.

—¿Qué significa esto? preguntó.


—Sepa vuestra señoría que el honorable Brian de Lancelstar hace tres dias que está ausente de su casa, y no ha dado noticias de dónde se halle, dijo Juana.

Susana se bembaleó y se apoyó trémula contra el respaldo del sofá.



TRIPLE VITEP.

La casa de locos.

 eso de las dos del día siguiente se hizo anunciar, en casa de la condesa de Derby, el vizconde de Lantures Luces.

Lady Ophelia estaba en su tocador con madama la princesa de Longueville, que habia pasado la noche en Barn-wood-House.

El nombre del francesito, en medio de la conversacion de las dos jóvenes, hubiese producido en cualquiera otra circunstancia un efecto desagradable, pero aquel

dia fue acogido sin disgusto y casi con alegría. Era menester saber, que el vizconde tenia un valor intrínseco igual al de quince diarios.

Así que lady Ophelia dió la órden de que entrase, Lantures Luces pasó airoosamente el umbral, no sin *evaporar* con un movimiento de mano las rizadas melenas de su peinado. Entró con la cabeza baja, con el sombrero en la mano derecha, y con la izquierda sobre la guarnicion de su lente.

— Señora condesa, dijo él, profanando la mano de Ophelia, ¿madama tiene á bien permitir?...

Despues añadió, haciendo una prònta evolucion del lado de Susana:

— ¿Teneis á bien permitir, señora princesa?

Besadas estas dos manos dejó errar un instante á la aventura sus ojos vendados, buscando regularmente un abanico; la casualidad quiso que no hubiese abanico en el tocador, lo que ocasionó que Lantures Luces entablase la conversacion del modo siguiente:

—Bella dama, no habia hecho reparo en ese delicioso broche....

—Sí tal, vizconde, respondió Ophelia; ya van tres veces que me habeis dicho que es precioso.

—¿Hablais seriamente? articuló el francesito. Pues bien, bella dama, es propiedad de las cosas lindas parecer siempre nuevas.... Y á propósito de nuevas, yo creo que vuestra señoría querrá escusarme este ligero juego de palabras; tenemos en este momento abundante cosecha de novedades.....

¿Pues qué ocurre, señor? preguntó con interés lady Ophelia.

—¡Bella dama! hé aquí lo que he dicho yo para mí, prosiguió el vizconde tomando posesion formal del sillón que hasta entonces no habia hecho mas que tocar; he dicho para mí: la interesante condesa se confina en sus salones de **Barn-wood-House**, cuyo gusto escelente es proverbial; yo hablo seriamente. Su señoría no oye, ni ve, ni sabe nada; voy pues á tentar fortuna y á tratar de ser admitido á ofrecerla mis respetos.... de esta manera....

— ¡Pero hablabais de novedades, vizconde!

— Seguramente, bella dama.... Al momento, pues, que parece estais impaciente para oír mi revista, os diré una cosa que no puede menos de interesaros... Mary Trevor ha vuelto á la vida.

— Pues que, ¿estaba en peligro de muerte? preguntó la condesa.

Lantures creyó caer trastornado; tan prodigioso le parecia que se pudiera ignorar un hecho de seis dias de fecha.

— ¡Qué! ¡bella dama!... ¡qué milady!... exclamó él, no esperaba yo esto.... ¡pero tanto mejor! tendré la ventaja de contaros este singular acontecimiento en sus minuciosos detalles.... Figuraos, bellas señoras.... porque madama la princesa puede que tambien ignore este hecho.... ¿Sí?... ¡ah! ¡ah! ¡á fe mia tanto mejor!.... Figuraos....

Aquí el hombre refirió largamente á su manera lo que ya sabemos de la estraña enfermedad de miss Mary Trevor, y despues añadió:

— Era una catalepsia, una verdadera

catalepsia... Moore, ya conoceis ese apreciable doctor, pretendia que ningun cataleptico volvia jamás á la vida.... Es un error, bellas damas; tal como me veis yo he estado veintinueve dias en una catalepsia.... En este tiempo no he tomado mas que una cucharada de café y un caldo de gallina.... Pero esto importa poco. Lo cierto es que miss Trevor se ha salvado á pesar de Moore y de la facultad: os hablo seriamente bellas damas.... Se ha salvado, y está en pie y andando como vos y como yo.

— Buena noticia es esa, vizconde, dijo Ophelia. ¡Pobre Mary! me alegro mucho de saber su restablecimiento, al mismo tiempo que sé su enfermedad.

— ¡Bella dama! teneis un adorable corazon.... Pero no para aquí la historia: Mary, vuelta á la vida, ha hablado de distinto modo que antes.... Creíase, y yo el primero, que tenia una inclinacion muy pronunciada por el marqués de Rio-Santo.... ¡Pues bien, nada de eso! Ama á Frank Perceval, un arrogante mozo, señora, pero que no llega al zancajo del marqués.

—Tambien es otra buena noticia, murmuró la condesa.

—Lady Campbell está seca de despecho, prosignió Lantures Luces; pero tened entendido, bellas damas, que esta catalepsia es un mal eminentemente pastoral y poético, toda que vuelve á traer á las ladys infieles á sus primeros amores... Espero que la chanza no os parecerá que escede los límites de la urbanidad.... Pero no es esta la gran noticia.... Trátase de nuestro querido Brian de Lancaster....

Susana dejó caer los dos brazos, y se quedó tan enteramente inmóvil, que hubiera podido tenérsela por una estatua.

—¿Pues qué ha sucedido? preguntó la condesa.

—Pudiera sin riesgo alguno decíroslo en mil rodeos, bella dama, pero siempre he tenido como de muy mal gusto la costumbre pesada de fastidiar á los oyentes.... He aquí el hecho, que casi es increíble.... Brian está loco.

Susana se estremeció, pero guardó silencio.

— Pensadlo bien, vizconde, repuso Ophelia.

— Ya pienso en ello con mucho disgusto, milady.... ¡Ese pobre Brian!... Los periódicos le acusaban antes de ayer de haber disparado un tiro de pistola á la princesa Victoria de Kent....

— No será nada me parece, ¿eh?

Lantures Luces se encogió de hombros con un aire presumido.

— ¡Es peor que eso, señora! replicó él; el hecho es... y lo sé de buena tinta, como todo lo que llega á mi noticia, que Brian ha escalado á viva fuerza, hace tres dias, el invernadero japonés del castillo de Kew.

— ¿Para qué haria eso, buen Dios?

Susana respiró y puso la mano sobre el corazon.

— Para coger una camelia, bella dama; una camelia que hubiera tenido por seis pence en casa de cualquier vendedor de flores.

— ¿Y no ha dado otro sintoma de locura? dijo Susana, cuya frente brillaba de contento y de orgullo al recuerdo del relato de Lancaster.

—Bella dama, repuso Lantures Luces, sois muy exigente; yo supongo que vuestra gracia no hallará la espresion demasiado fuerte.... Brian, se dice que sufrió el fuego de los guardas de á caballo y que reventó á Pulby, un corredor de quinientas guineas por una camelia de seis penne.... Me parece....

—Pero ¿y si esta flor tenia para él un precio que vos no podeis suponer, señor?

—¡Ah!... dijo el francesito, si hemos de hablar seriamente, yo no veo....

—¿Y qué ha sido del honorable Brian de Lancaster, por último? interrumpió la condesa.

—No sabré deciros, bella dama, respondió Lantures Luces, en qué hospital de locos le ha hecho encerrar el gobierno.

Susana á estas palabras perdió sus brillantes colores.

—¡Encerrado! dijo ella, ¿estará preso?

—Sí, sí, milady, la cosa en cuanto á esto es positivamente oficial. Es menester confesar que la *escentricidad* pasaba los límites permitidos.... Pero lo mejor de la historia es, que el mismo dia White-Ma-

nor, el hermano mayor de Brian, ha caído también furiosamente loco.... Hay epidemias que parecen de familia.... tal como me veis, yo tengo dos sobrinitos, hijos de mi media-hermana, que han muerto de pulmonía, sin mas distancia que de veinticuatro horas uno de otro... Os hablo seriamente.

Susana inclinaba la cabeza sobre el pecho, y no oía ya nada.

—Su señoría el conde de White-Manor, ha sido conducido al punto á Denham-Park, asilo de locos de los grandes señores.... Puede que Brian esté también allí.... Procuraré saberlo.

El francesito se levantó. Había concluido ya su relacion, y tenia prisa para ir á dar á otra parte igual representacion antes de la hora de comer.

Luego que hubo salido, la condesa trató de disminuir la impresion que en el ánimo de Susana habia hecho este relato, pero fue trabajo inútil. La chica, en lugar de cobrar esperanzas, cada vez se ponía mas triste.

—Tengo que buscarle Ophelia, dijo ella

levantándose por último, tengo un presentimiento de que ha sido víctima de alguna pérfida maquinacion. Yo ya sabia esa calaverada del castillo real de Rew, porque me la habia contado él mismo..... pero aquella flor fue para mí, querida lady... Y está uno loco porque ame?...

—¡Sois feliz, Susana! no pudo menos de decir la condesa, que hizo sobre sí misma un retorno involuntario y penoso.

—Feliz, repitió Susana, ¡oh! sí, muy feliz de ser amada.... ¡pero vos no sabeis, querida Ophelia, los enemigos crueles y terribles que le ha hecho este amor!... No tienen piedad; todo género de armas es bueno para ellos, y son muy poderosos.... Puede que á estas horas esté sufriendo él, y acusándome á solas de haberle olvidado.... Es necesario que vaya yo en su auxilio....

La condesa no encontró palabras para combatir esta resolucion, que en iguales circunstancias la hubiera adoptado ella lo mismo. No pudiendo acompañar á Susana en sus averiguaciones, á causa de su excesiva debilidad, la dió instrucciones y car-

tas para los principales directores de los asilos y casas de sanidad de las cercanías de Lóndres, porque ellas habian supuesto que no era probable hubiesen encerrado á Brian en ninguno de los depósitos de la ciudad.

Susana partió aquel mismo dia.

No hay en todo el universo un pais que pueda rivalizar con las islas Británicas, tocante á la *produccion* en hechos de locura. Así en esto como en el exceso de la miseria, y en la frecuencia exagerada de los crímenes de toda naturaleza, la Inglaterra es evidentemente una comarca fértil entre todas, un monstruo de fecundidad. Apenas puede decirse que en ella la locura sea una escepcion, con tan grande abundancia se multiplican cada dia sus diversas variedades, diezmando las familias y presentando en las aceras, á las risotadas del populacho, las inesperadas escenas de sus lúgubres comedias.

Varios fisiologistas han pensado que en la raza anglosajona, atravesada despues de algunos siglos con la raza normanda, habia un gérmen endérmico de demencia. Lo

cierto es que ese pueblo, dejando á un lado la avaricia y el amor inmoderado de la posesion, no obedece á los móviles comunes á las otras naciones. El inglés casi de seguro es atraido hácia lo que es estravante: hay en él un elemento de inquietud enfermiza, de tristeza sin causa y por consiguiente sin remedio, que le sigue por todas partes y le designa á las antipatías del resto del mundo. A veces quiere con ardor; mas no sabe disfrutar de su voluntad satisfecha. Es un muchachazo mazorral, obstinado, que posee la ciencia infusa de los negocios en el sentido mas lato de la palabra, pero que muy naturalmente llega á lo absurdo desde que el trabajo no le ocupa. Podria apostarse diez contra uno, que cuando el inglés no es hombre de estado ni comerciante, ó es loco ó lo será mañana. No es decir que los comerciantes y sobre todo los hombres de estado están exentos... Pero seamos elementos una vez en nuestras páginas, y no asimilemos á la demencia completa las infantiles debilidades del vencedor de Waterloo.

Es preciso persuadirse de que todos los

malos sentimientos, cuyo principio es el egoismo, la avaricia, la ambicion, la codicia, nos acometen y se apoderan de nosotros de un modo tan brusco, que nuestros cerebros demasiado débiles no saben hacer resistencia. Y á mas nuestras nieblas, cuya flor es el esplin, tal vez nos dan por fruto la locura. El hecho siempre queda justificado oficialmente; pues nuestros condados en los años comunes producen un número doble de locos que el de las provincias de Francia; y en los años buenos la proporcion se duplica.

Por un sentimiento asaz loable; pero en el que entra un poco de egoismo, ponemos nuestros locos en palacios, pues nos regocijamos al ver de paso aquellas filantrópicas moradas, en donde nos aguarda una celdita muy linda, si llega el caso.

Un último rasgo que pertenece enteramente á la alabanza de nuestras costumbres es el siguiente: Por cada diez maniáticos, comunmente hay cinco ó seis que han anegado su talento en el gin.

Entraba en nuestro plan revistar detalladamente las principales casas de locos de

Inglaterra, ¡y bien sabe Dios cuánto teníamos que hacer! Llegados empero á un punto de nuestra tarea en que el desenlace, tanto tiempo aguardado, no puede sufrir mas dilacion, hemos pensado que por curiosos é interesantes que fuesen esos detalles, detendrian la marcha de nuestro drama, y se presentarian aquí como fuera de propósito; si bien nuestro estudio no podria llamarse infructuoso, porque cuando se habla de la *alegre* Inglaterra siempre es oportuno hablar de locura, de crímenes y de miserias.

Guiada Susana por la idea de que no hallaria á Brian en Lóndres, se fue directamente á Wakefield, en el condado de York. La casa de Wakefield es el *asilo* que puede servir de modelo, y vienen á visitarlo comisiones de sábios y de hombres inteligentes de todos los paises en que la civilizacion toca á ciertos límites. La Francia y los Estados-Unidos nos envidian este establecimiento y las cincuenta pruebas que van á sacarse en los diversos condados; y no tienen en ello parte los celos, pues Wakefield bastaria para contener to-

dos los locos de Francia: á lo menos todos los que están encerrados; y nuestros otros cincuenta *asilos* albergarian cómodamente á los maniáticos de las cinco partes del mundo, esceptuando las posesiones británicas.

Susana dejó á Wakefield y se fue al asilo de York: de allá pasó á Hanwell, situado á ocho millas de Lóndres, en el camino de Uxbridge. A la vista del tranquilo y magnífico valle en que descuella el vasto edificio, Susana, quizás pensó como muchos otros, que no habia allá un hospital, sino un templo pagano erigido en honor de la Locura divinizada.

Así en Hanwell como en Wakefield no pudo hallar Susana ningun indicio que le guiase para seguir las huellas de Brian: con el mismo resultado visitó todos los demás establecimientos públicos y particulares, todos, hasta el *Retiro* de los amigos del condado de York. Sin embargo una vez creyó haber llegado hasta lo último de sus averiguaciones, en la opulenta y aristocrática casa de salud fundada en Deham-Park por Benjamin Rotch, antiguo miem-

bro del parlamento. Al llegar Susana pronunció el nombre de Lancaster, y le respondieron que efectivamente dos dias habia que estaba en el palacio un noble caballero de aquel nombre. Susana, alegre é impaciente, suplicó á los empleados de la casa que le introdujesen para ver aquel caballero. Le abrieron, pues, las verjas del jardin sombrío por donde se paseaban gravemente algunos hombres de aspecto tranquilo y distinguido.

—Aguardad, milady, le dijeron, el caballero vendrá luego con sus guardianes.

Esta palabra guardian tiene una consonancia feroz é infausta, que la cede solamente á la palabra carcelero. La imaginacion de Susana vió repentinamente á su amante cargado de cadenas, circuido de hombres con aspecto terrible, de guardianes. Y no es que el lugar se prestase á invenciones melancólicas, pues aquellas frescas y tranquilas sombras, mas bien suscitaban ideas de paz y de felicidad.

La hermosa jóven se sentó en una glorieta, y mientras que aguardaba no pudo dejar de escuchar la conversacion de tres

ó cuatro de aquellos hombres graves, cuyo aspecto respetable le habia causado novedad á su entrada en el parque.

El uno de ellos pretendia ser Napoleón, el otro Lutero, el tercero la Luna, y el cuarto una momia de Egipto, que por dos mil años se habia mantenido en un estado de perfecta conservacion. Por lo demás eran corteses y ocultaban cuidadosamente la piedad que sentian los unos de los otros. Eran locos de escelente tono; y la momia sobre todo habia frecuentado la corte á no dudarlo.

Pasados algunos minutos vió Susana que se adelantaba hácia ella un anciano de apariencia lacerada y perversa juntamente, cuyos gestos comprimidos y la mirada estúpida pintaban enérgicamente la locura. A sus lados habia dos caballeros de talle eminentemente elegante, los cuales sostenian sus pasos y le prodigaban toda suerte de filiales atenciones. El anciano era el hombre que habian hecho aguardar á Susana, y los caballeros eran los guardianes. Y decimos la verdad que en Almack se encuentran muchos nobles caballeros á quie-

nes no admitiría de buena gana el doctor Conolly (1) para guardianes en su casa de salud.

—¿Milady desea hablar á milord? dijo el uno de los dos caballeros.

—No, señor, no, respondió Susana con tristeza; yo creía.... ha sido una equivocación. Saludaba para retirarse cuando acaeció una cosa estraña. El conde de White-Manor se habia estremecido débilmente al sonido de su voz, y en el momento en que ella se inclinaba burló con un salto repentino la vigilancia de sus guardianes y asió el brazo de la hermosa jóven con extrema violencia. Vacilaron los guardianes porque el caso era peligroso, y el menor movimiento podia exaltar el furor del conde y poner en riesgo la vida de Susana.

Mientras que ellos se deslizaban pausadamente procurando acercarse al lord, este habia inclinado su cara estólida hasta el hechicero rostro de Susana, la consideraba

1 Entonces director de Denham-Park, y ahora médico principal de Hanwell, hombre de consumada esperiencia y de gran saber.

ávidamente y por tres veces murmuró:
 ¡No! ¡no! ¡no! ¡yo no soy el padre de la
 niña, señora!.... ¡Ah! si Dios me hubiese
 dado una niña, creo que me hubiera vuelto
 bueno.

Al oír por detrás los pasos de sus guar-
 dianas se volvió con viveza y dijo con fuer-
 za: ¡No os acerqueis!

Susana estaba desazonada y con temor.

— ¡Filbert! prosiguió el lord con un
 asomo de sonrisa siniestra, trae la cuer-
 da.... la cuerda de cáñamo.... La niña se
 parece al mendigo irlandés.... ¡no es mia!

Hizo como que cogía un objeto presen-
 tado por un ser invisible, y dos ó tres ve-
 ces pasó su mano cerrada al rededor del
 cuello de Susana, como si hubiese arrolla-
 do una cuerda.

Los otros locos diseminados por el jar-
 din empezaban á reunirse para examinar
 curiosamente esta escena; y había ya mu-
 cha gente porque cada uno de ellos iba
 acompañado de muchos guardianes.

— ¡Mirad! ¡mirad! dijo el lord, ¡cómo
 se ha conservado bella y jóven!... yo soy
 viejo.... ¿No es injusto?... Hace veinte

años que me hizo traicion.... ¡Ah! lo tengo muy presente.... ¿Pero hay de eso veinte años, ó fue ayer?... No sé.... ¡qué importa!.... Despues de veinte años ó al dia siguiente, la venganza es buena..... ¡Caballeros! ¿quién de vosotros quiere comprarme esta muger?

Napoleon redondeando su mano la dirigió como un anteojo de larga vista sobre aquella escena extraordinaria; Lutero acusó al papa; la Luna amenazó que se ocultaría bajo una nube, y la momia de Egipto declaró que desde dos mil años no habia visto nada semejante.

En aquel momento los dos guardianes de White-Manor le asieron, y cuando sintió sus brazos contenidos por una fuerza superior, echó á la hermosa jóven una mirada llena de odio, y dijo: tu hija.... tú quisieras abrazar á tu hija, ¿no es verdad?.... ¡Escucha! ¡Murió!... ¡murió!.... ¡murió!... Y pronunció estas últimas palabras con falsa sonrisa, bamboleó en los brazos de sus guardianes y cayó acometido por un ataque de su enfermedad.

— ¡Que quiten de aquí á este hombre

dijo el emperador Napoleon sacando el tabaco histórico del bolsillo de su chaleco. Lutero recitó un salmo en lengua vulgar para burlarse de la santa sede, la Luna anunció que entraba en su cuarto menguante, y la momia de Egipto suplicó que la volviesen á las pirámides. En seguida los cuatro continuaron su paseo, diciendo que era cosa muy triste hallar un loco.

Susana se habia quedado en el mismo lugar como pasmada, pues aunque sabia que aquel hombre era loco, su vista y sus palabras habian producido en ella una impresion que en vano procuraba distraer....



El encierzo.

PASÓ algún tiempo antes de que Susana pudiese reponerse del golpe que habia recibido en los jardines de Denham-Park. Habia concluido ya su vuelta, y cuando volvió á Lóndres, su ausencia era ya de tres dias.

En Lóndres comenzó sin tardanza sus nuevas indagaciones. Vió san Lutes, el hospicio pobre de Old-Streek, Bothnal-Green, inmundo receptáculo donde se

aglomeran los enagenados que no tienen recursos; horrible lugar, si los hay, y mas horrible aun por la intempestiva y contranatural alegría de su director. Este hombre, en medio de las horribles miserias que le cercan, parece ser el mas feliz caballero de los tres reinos. Se chancea, rie, confecciona deplorables juegos de palabras, y declara que han ganado una victoria completa los que pretenden que es mil veces mas odiosa la alegría de los ingleses que su tristeza.

En fin, Susana visitó á Bedlam, donde la enseñaron centenares de insensatos, pero se la declaró que ninguno podia ser admitido á ver los locos en secreto.

¡ Los locos en secreto! Todos saben que la Inglaterra es un pais muy libre.

¿ Pero qué os parece de esta alianza de palabras: *locos en secreto*? Se pretende que Bedlam, medio hospicio y medio prision, sirve de calabozo al gabinete de san James. En efecto, bajo esta enormidad es preciso que haya alguna cosa: ¡ locos en secreto!

Debe ser en verdad un cautiverio horri-

ble este: ¿y cómo se pueden traducir estas palabras, locos en secreto, sino por *gentes de sano juicio secuestrados á pretesto de locura*? Una vez que se fija en esta la atención, se horroriza la imaginación, y se resiste á figurarse los detalles de un suplicio moral prolongado, incesante, implacable, que las lenguas humanas carecen de palabras para describir.

Susana salió persuadida que Brian de Lancaster estaba bajo los cerrojos de Bedlam.

Y no se engañaba. Lancaster había sido conducido á Bedlam, á solicitud de su hermano, ó mas bien por la instancia firmada de Tyrrel. El color político que se había pretendido dar á su arresto, y el misterio con que se continuó cubriendo durante los dias siguientes, por no haber *gentes interesadas* en descorder el velo al pretendido acto de agresion contra la jóven heredera de la corona, fueron causa de que se cumplieran á la letra las instrucciones de White-Manor y de Tyrrel. Brian fue tratado como criminal de estado, á quien no se quiere juzgar, y de quien es

preciso deshacerse, ó cuando menos sepultarle en el olvido.

Permitásenos comprobar de paso cuán elástica y preciosa es esta acusacion de locura arrojada así de improviso á la cabeza de un hombre reputado por peligroso por cualquiera causa que sea. Si guardamos silencio respecto á esto, se podria creer, que abusando de la credulidad de los lectores, hemos pretendido trasportar á la moderna Lóndres los calabozos de la edad media, ó por lo menos la Bastilla francesa, tal como la pintan los sábios de taberna y mostrador. ¡Mas no lo quiera Dios! no disputamos de ningun modo á la Inglaterra sus libertades tan decantadas; únicamente decimos que en Bedlam hay mas de un desgraciado que pide con lágrimas á Newgate, la deportacion, ¡el cadalso!

Pero esto no ataca ninguna de las libertades inglesas. Estos desgraciados son egecutados de la manera mas constitucional.

Están locos, locos legalmente, porque un doctor les ha declarado tales, y un jurado de indagacion ha comprobado su locura. De suerte que de este modo su locura

es una cosa demostrada, tan rigurosamente como una proposición geométrica.

Y no obstante se encuentra que no están locos.

¿Y cómo así? ¡Ah! ¿cuál es el cerebro bien organizado que en una idea querida, honda y halagada, no domina todas las otras? Esta es la parte sensible. De este lado la inteligencia se exalta al menor choque, el espíritu se apasiona; la cabeza se acalora y se remonta....

Para una comisión de un sumario criminal la ciencia es la sangre fría. Si la casualidad ó la perfidia lleva el interrogatorio sobre este terreno, la causa está juzgada.

Tyrrel había hecho que el interrogatorio de Brian de Lancaster rodase sobre el derecho de primogenitura, y Brian, colocado enfrente de gentes prevenidas, debía pasar por maniático de primer orden.

Y en efecto, ¿no había tenido él la imprudencia de decir que el derecho de primogenitura es una institución opresora, bárbara y desnaturalizada? ¿No había llegado hasta pretender que esta costumbre inmoral y fundada sobre los groseros ru-

dimentos de una política en estado de infancia, debe un tiempo dado arrastrar tras sí la desorganizacion de la familia, y la ruina de esta misma aristocracia, cuyos privilegios parece sostener con tanta energía?

¡Locura! locura completa, incurable y de la calidad mas estraña.... manía mas extravagante que creerse Napoleon ó la Luna....

Este fue el dictámen de la comision exploradora.

Susana no sabia nada de todo esto. Cuando volvió á Baru-wood-House, despues de cuatro dias de ausencia, lady Ophelia la abrazó con las lágrimas en los ojos.

— He hecho lo que he podido, querida Susana, la dijo ella; cuando no he podido salir, he tomado noticias, y ya le he hallado....

— ¿Dónde está? preguntó la jóven.

— En Bedlam.... pero la dificultad no era hallarle.... Casi no me atrevo á decíroslo, querida lady.... Mr. de Lantures-Luces no nos habia engañado.... Está en Bedlam, bajo la doble acusacion de locura y crimen de estado....

—Pero, interrumpió Susana, no será difícil probar....

Y se detuvo desanimada por una mirada de Ophelia.

—Todo se hace á instancia del conde de White-Manor, dijo esta; y el conde puede mucho.

—Pero el conde está loco; exclamó Susana.

—Dicen que es un rumor falso.

—Es un rumor fundado, milady.

—Yo misma he visto en Denaham Park al conde de White-Manor; y la casualidad me ha hecho presenciar uno de sus terribles accesos.

Ophelia apoyó la cabeza sobre la mano, y se quedó pensativa. Susana la miraba con atención buscando un rayo de esperanza sobre aquellas facciones finas y delicadas, cuya admirable armonía no había podido descomponer el dolor.

—Brian es el heredero de la pairía, murmuró en fin la condesa.

Esto era un eslabon suelto de la cadena de sus reflexiones. Levantóse sin pronunciar otra palabra, y se fue al pupitre para

escribir. Pero apenas habia trazado tres líneas, cuando arrojó la pluma y rechazó el papel.

—No, no, dijo ella; es preciso que le vea yo misma.... Brian es el heredero de la pairía, y puede ser....

—¡Por piedad! querida lady; dadme parte en vuestras esperanzas, interrumpió Susana.

Ophelia la tomó las dos manos, y la dió un beso en la frente sonriéndose.

—No conocéis todavía nuestra sociedad para que me comprendais, querida bella, replicó Ophelia con una especie de alegría, el heredero de un lord que está robusto y bueno, es un personage que poco ó nada vale; pero cuando el lord cae enfermo se cuenta con su heredero....

Y sin dejar de hablar se echaba sobre sus hombros un elegante rebocillo, y arreglaba sus cabellos debajo del sombrero sin el auxilio de su doncella.

—Lady Jane B.... repuso ella; me ha rehusado su apoyo esta mañana; pero su señoría no sabia que el conde de White-Manor está loco....

—¿A qué puede una muger en todo esto, Ophelia?

—Una muger, ¡hermosa mia! lady Jane no es una muger, es un whig.... tiene el oido del lord presidente del consejo de ministros y el corazon de S. A. R. el duque de.... Si puedo yo persuadir á lady Jane que Mr. de Lancaster votara con el gabinete, la victoria es nuestra.

—¡Oh! ¡Trabajad! ¡trabajad, querida lady! exclamó Susana, á quien esta espliacion no habia enterado nada absolutamente.

Ophelia abrió la puerta para salir.

—El carruage está ya enganchado, dijo ella; tened un poco de paciencia Susana, que dentro de media hora estaré de vuelta.

Un minuto despues la condesa se sentaba en los blandos cogines de su coche.

Mientras que sus caballos alargaban sobre el sordo pavimento de las anchas calles de West-End aquel trote escogido nacional é inimitable que es el orgullo de los huéspedes de nuestras caballerizas, cuadrúpedos y *sportman*, la seductora lady combinaba su plan de batalla. Conocia perfec-

tamente el mundo, era sagaz y diestra tanto como pudo serlo una hija de Eva, y conocia perfectamente el interés de las gentes que iba á solicitar.

La pobre Susana esperaba. ¡Oh! ¡qué larga le pareció aquella media hora! Recordaba minuciosamente los menores gestos, las menores palabras de la condesa, y tan pronto un flujo de esperanza remontaba á su corazón y la hacia feliz, tan pronto un profundo desaliento venia á prostrar su alma. Se acordaba de haber visto lágrimas en los ojos de lady Ophelia, y este recuerdo la revelaba enteramente la suerte de Brian. Habia presumido que se habia cerrado sobre Brian la puerta de Bedlam, lo mismo que se deja caer el mármol sobre un féretro.

Lady Ophelia la encontró arrodillada sobre el tapiz con las manos juntas y el rostro bañado en lágrimas.

— ¡Victoria! exclamó ella arrojándose á abrazarla. El voto de un lord se compraria á cualquier precio.... ¡Victoria, hermosa mia!

Susana quedó un instante como aturdi-

da de su felicidad. Despues apretó contra sus labios la mano de Ophelia, no encontrando palabras para espresarla su reconocimiento.

— Ahora á vos toca obrar, Susana, repuso la condesa devolviéndola gozosa sus caricias, es preciso llevar esa carta al médico en jefe de Bedlam.... Es una *súplica* del primer lord del consejo privado.... Y una *súplica* de su gracia vale algo mas que una *órden*. Es la libertad de Mr. de Lancaster.

— ¡Su libertad! repitió Susana juntando las manos; ¡ab! dadme, dadme pronto.

En aquel momento estaban reunidos tres graves caballeros en uno de los salones de Bedlam, en una parte del edificio contigua á la administracion. El uno de los susodichos, llamado doctor Blunt dull, entonces médico principal de Bedlam, llegaba á la conclusion de un discurso muy largo, y decia: Señores y amados cofrades, en tal estado la locura del honorable caballero me parece probada mas de lo necesario, ya por las tesis estravagantes que ha sostenido en sus interrogatorios, ya por

el acto inaudito á que le ha reducido el desarreglo de sus facultades. No creo que deba tomarme el trabajo de reasumir mis principales argumentos uno tras otro....

—No, no, señor, interrumpieron precipitadamente los otros dos caballeros.

—Y finalmente, en vista de esos síntomas imposibles de despreciar, en vista de esa manifiesta enagenacion mental, y saliendo, digámoslo así, por todos los poros del honorable Brian de Lancaster, concluyo....

—Una carta urgente para el señor doctor, dijo en aquel momento un guardian que entreabrió la puerta.

—¡Muy bien!... Concluyo, decia....

—Hay una lady que aguarda la contestacion en la sala de recibo.

—¡Muy bien! Concluyo, decia pues...

—La carta trae el sello del consejo privado, añadió el guardian acabando de entrar.

—¡Ah! ¡ah! ¡bah! dijo Blunt-dull; el sello del consejo.... Ustedes me permitirán.... Voy á concluir al instante. Mr. Blunt-dull abrió la carta y encará su binó-

culo sobre las cuatro líneas que contenia, sin que su semblante espresase nada mientras iba leyendo, pues era el modo habitual en que estaba siempre el semblante de aquel sábio.

— ¡Ah!... ¡ah! ¡bah! murmuró cuando hubo concluido.... Peter, decid á esa lady que le ofrezco mis respetos, y que dentro de un minuto estoy á las órdenes de Su Señoría.... Volviendo á nuestro asunto, señores, digo que fundado en los motivos antes espresados, concluyo que nuestra relacion declare que si ha habido jamás un hombre con pleno y completo uso de sus facultades, es el muy honorable Brian de Lancaster.

Los otros dos médicos dieron un salto en sus asientos, y el uno de ellos empezó: Pero vos deciais....

— Nosotros debíamos creer..... quiso añadir el otro; mas Mr. Bluntduall se puso en pie, con un gesto cortó la discusion, y golpeando involuntariamente la carta sobre la mano, pronunció con énfasis: este es mi parecer.

Los dos médicos miraron la carta, y

despues se miraron uno á otro. Eran dos prácticos necesitados, que como modestos satélites giraban al rededor de la órbita en que era el astro principal Mr. Blunt dull. Este prosiguió así: Veo que nos entendemos perfectamente.... os suplico que redacteis la relacion en este sentido, señores.... entretanto me encargo de abrir las puertas del hospicio al honorable Brian de Lancaster....

— ¡Qué! ¡tan pronto como todo eso! murmuró uno de los médicos. A lo cual Blunt dull respondió doctoralmente: Nunca es demasiado pronto, señor, cuando se trata de volver á la sociedad un miembro distinguido por todos estilos, y hecho para ser su mas bello adorno. Dicho esto salió, y los dos médicos subalternos se miraron de nuevo, menearon la cabeza en coro, y reunieron sus luces para redactar la relacion.

¡Qué no puede una súplica timbrada con el sello del consejo, en el alma sensible de un comité médico, reunido para hacer una informacion!

Desde tres dias se hallaba Brian de Lancaster en una de esas covachas enrejadas

donde encierran á los locos furiosos , ó locos *agitados* segun dicen en Bedlam. Estaba materialmente atado por todas partes, pues cada uno de sus miembros parecia como pegado estrechamente á las partes correspondientes de un mueble macizo y de forma estraña , al cual dan el nombre de *silla de fuerza* , y que con su peso enorme y su complicado sistema de correas , desafiara á las fuerzas de un Hércules. Serian menestres volúmenes para describir lo que sufrió Brian de Lancaster aquellos tres largos dias. A su derecha y á la izquierda habia jaulas semejantes á la suya , y en ellas rugian horriblemente noche y dia bestias feroces, de esos locos , como quizás se encuentran en todos los paises , pero que abundan en los asilos de Inglaterra, criaturas que no tienen nada de humano , brutos con espumarajo en la boea , el estertor en la garganta y los ojos ensangrentados rodando á instigacion de la rabia , como si quisiesen salir de su órbita inflamada ; condenados que se descoyuntan aullando y dan en este mundo una idea del infierno.... Dicen que Oxford, el asesino de la reina Victoria,

encerrado *por gracia* en **Bedlam**, se volvió loco al cabo de dos semanas.

Brian de **Lancaster** tenia una naturaleza enérgica, pero exaltada; y de seguro aquel atroz suplicio hubiera producido en él igual resultado: sin embargo, su fuerte voluntad le habia sostenido en aquellos tres dias de tortura, y no estaba abatido. Tal lo hemos visto durante el curso de esta narracion, y tal se encontraba en su jaula de **Bedlam**. Mas el esfuerzo que habia hecho por no debilitarse en la lucha, se leia en su rostro enmagrecido y cubierto de palidéz, y algo de vago se notaba en su vista entre la sombría espresion de un ánimo desesperanzado.

Se le apareció **Susana** en el seno de su inefable miseria, cual vision radiante. De pronto creyó que soñaba y cerró los ojos á fin de guardar por algunos segundos una ilusion amada. No fue menester mas que la voz positivamente terrestre y poco angélica del doctor **Bluntdull** para recordarle el sentimiento de la realidad. En efecto, el doctor, creyendo que aun no haria cuanto indicaba la carta del ministro, introdujo á

Susana en la celdita, y al estar allá dijo así: vuestro servidor, milord, vuestro servidor; ¡hum! se me figura una molesta historia... Al cabo, ¿no es verdad? ¡Hum! tres veces veinticuatro horas no son un siglo.

Cuando Brian abrió los ojos, vió á Susana arrodillada junto á él y que en vano procuraba desatar las correas de la *silla de fuerza*.

—No os tomeis la molestia, milady, prosiguió el doctor; ya van á desbacer el aparejo. Efectivamente lo deshicieron, y Brian se puso en pie estremeciéndose como un leon preso que ve de nuevo el desierto y sacude su melena al aire libre de la soledad. Erguió pues su talla, brillaron sus ojos, y en su boca asomó una sonrisa que no sabria trazar ninguna pluma ni pincel. Tomó en seguida la mano de Susana que tenia la órden de *exeat* y se la llevó tras sí sin decir una palabra.

—¡Ah!... ¡ah! ¡bah! refunfuñó Blunt-dull, bien podia haberme dado las gracias.

El coche en que iban Susana y Brian corria hácia el West-End. Brian miraba á

Susana en silencio y como embelesado. Le tomó la mano, é imprimiendo en ella un fuerte beso, dijo: ¡Gracias, gracias, mi ángel salvador!

— ¡Cuánto habreis padecido, Brian! dijo la hermosa jóven en voz baja; y soy la causa....

— Lancaster frunció las cejas, y repuso en el mismo tono: Es verdad.

— ¿Con que son ellos los que os pusieron en aquel calabozo?

— Ellos son.... ellos y milord mi hermano.... pero estoy libre y tengo un medio de desquitarme con vos, Susana mia... Hay una cosa que vuestro noble corazon desee mas que todas las cosas de este mundo.

— ¡Qué! dijo la hermosa jóven palideciendo, ¿acaso sabeis?... no, prosiguió, y con una voz á duras penas inteligible, dijo: ¿Mi madre?...

Brian levantó la mano que tenia estrechada entre las de Susana, y le tapó la boca jugueteando. Sonreia y se sentia feliz al haber oido aquel nombre ocurrido tan prontamente, y que le patentizaba toda

la hermosa alma de Susana. Mas aquella alegría desapareció con la velocidad de un relámpago, y Brian repuso: No me preguntéis, y decidme qué retiro ha elegido el hombre á quien llamais Tyrrel el ciego.

— ¡Ah! milord, exclamó Susana temblando, ¡en nombre de Dios, no provoquéis su cólera!

— Su cólera ya no puede nada contra mí, milady, y es preciso que yo le vea.

Susana vaciló; mas Brian volvió á repetir inmediatamente: Es preciso que yo le vea. Y lo dijo en tono tan grave, que la hermosa jóven no se atrevió á resistir, é indicó la morada del doctor Moore. Al punto Brian se asomó á la portezuela, y mandó al cochero que fuese á parar al número 10 de la calle de Wimpole.

Llegado allá dijo así: Os suplico, milady, que me aguardéis aquí: pronto volveré.... Si no volviere.... interrumpióse para decirla: tened la bondad de mirar vuestro reloj.... Si yo no volviere dentro de media hora os hareis acompañar á la oficina de policía de la calle de High y pedi-

reis al magistrado que venga á dar fe de un asesinato.

— ¡Ah! ¡milord, milord! tened piedad de mí, exclamó Susana.

Brian no contestó, saltó á la acera, y un instante despues entraba inerme en la casa del doctor, adonde le introdujo Rowley, el ayudante farmacéutico. Ya se deja entender que Rowley no abrió de sopeton la puerta del santuario, sino que examinó minuciosamente al recién llegado, y bajo diversos tonos pronunció el famoso ¡ta, ta, ta, ta! antes de determinarse, pues, los tres dias pasados en Bedlam habian impreso en el semblante de Brian señales de padecimiento tan poco equívocas, que Rowley vió en él un cliente y un cliente que llevaba prisa. Así que dijo con mucha amabilidad: tengo el honor de invitaros á tomar asiento, mientras que voy á avisar al doctor.

— Es inútil, replicó Brian sentándose.

Rowley, que se hallaba en la mitad del camino de la puerta, hizo una pirueta sobre sus talones escesivamente altos, y se puso á examinar sin ningun miramiento á

aquel cliente extraordinario que decia: es inútil, cuando se le hablaba de avisar al doctor. El resultado material de ese examen fue un ¡ta, ta, ta, ta! enérgico, acompañado de uno rascadura de oreja singularmente significativa, y con lijera margura le dijo: ¿Sois acaso un miembro del real colegio, señor? todos los dias vemos caras nuevas... ¡Ta, ta! tengo el honor de preguntaros en qué os puedo servir.

— Decid á maese Tyrrel, respondió Brian, que un caballero desea hablarle á solas.

— Maese Tyrrel, repitió Rowley, á maese Tyrrel.... no le conozco.

— Pues maese Spencer, si así os place.

— Conozco á muchos de este nombre, señor.... Hay uno que el año pasado se estableció de farmacéutico en Ludgate-Hill, pero....

— Tengo prisa, señor, interrumpió Brian; y cualquiera que sea el nombre bajo el cual se oculta ese hombre, Tyrrel, Spencer ó Edmundo Maquensie, yo quiero....

— ¿Qué le quereis, caballero? dijo la

voz de Tyrrel, que en aquel momento pasaba el umbral. Volvióse Brian, y apenas Tyrrel le hubo reparado cuando retrocedió tres pasos, cambió de color, y con admiración profunda dijo solamente: ¡Ah!

Después añadió entre dientes: ¡está visto que el diablo anda suelto! Y esto hacia alusión á una serie de sinsabores que Tyrrel había probado en poco tiempo; á la fuga de Susana y de Clary á quien él se había encargado de guardar, al triste éxito del complot contra el banco, etc. etc. Tyrrel estaba en desgracia.

— Tenemos que ajustar cuentas, maese Ismail, le dijo Brian.

El judío hizo un esfuerzo para ponerse sobre sí, se adelantó pausadamente, con un gesto echó á Rowley y respondió: Cuando uno sabe manejarse como es menester, se aclaran fácilmente las cuentas embrolladas, pues si bien hay un refrán que dice á cuentas viejas barajas nuevas, respecto á vos yo me atengo al otro que dice: cuenta y razón sustenta amistad.... Vamos á ver, ¿qué reclamais de mí?

— Por de pronto quiero saber el nombre del padre de Susana.

— ¿Y despues?

— ¡Os digo por de pronto este nombre! pronunció Lancaster imperiosamente.

El judío hizo correr con el pie una silla hasta enfrente de Brian, se sentó, y repuso así: Yo os decia, ¿y despues? porque no sabia resolverme á empezar la entrevista por una denegacion.... No quiero deciros el nombre del padre de Susana.

— ¡Cuidado, Ismail!...

El judío se encogió de hombros con ese aire provocativo de las gentes que quieren tentar el vado y saber los recursos de su adversario. Así que repuso: ¡He! milord, vos os burlais: ¡que vaya con cuidado yo que paso mi vida precaucionándome! La prudencia es la primera condicion del comercio que yo hago.... Pero vos no habeis pensado en tomar cautela al entrar por la puerta de esta casa.

— Si por cierto, respondió sencillamente Brian.

Tyrrel aguardó algunos segundos espe-

pando que Lancaster se explicaria; pero Lancaster no desplegó los labios; lo que movió al judío á reflexionar, y despues de una pausa dijo: Milord, vos me pedis un secreto que tengo para vender.

— Yo lo pagaré, respondió Brian.

— ¡Es que sois muy pobre, milord! añadió Tyrrel sonriéndose; mas pobre de lo que pensais..... La mano que se abria en la sombra para poner todos los meses cien guineas á vuestra disposicion, hoy es la mano de un pobre prisionero....

— ¿Acaso sabeis?... exclamó vivamente Lancaster.

— Ese secreto no se puede vender, milord, interrumpió Tyrrel con gravedad; y continuó así: estais pues desnudo como un mendigo.... Mas por otra parte hay una fortuna de príncipe pendiente encima de vuestra cabeza.... pendiente de un cabello.... No os molesteis en preguntarme con amenazas, segun intenta Vuestra Señoría, porque acerca de este punto me place explicarme sin rodeos.... White-Manor es epiléptico y está loco.

— ¡Milord mi hermano está loco! dijo

Brian, cuya voz espresaba una tristeza no fingida.

Tyrrel soltó una carcajada diciendo con ironía: Cualquiera creeria que vos no habeis hecho cuanto podiais para obtener este resultado.

Brian bajó la cabeza, no por el sarcasmo de aquel miserable, sino por el reproche de su conciencia.

—Si quereis, prosiguió el judío, os diré detalladamente de qué muere Godofredo de Lancaster que se hallaba en Denham-Park cuando á vos os guardaban en Bedlam... Figuraos que el pobre conde tiene un diablo de locura. Siempre cree veros, y eso le mata.

—¡Basta! pronunció Brian en voz muy baja.

—¡Sí, sí, basta! continuó el judío fingiendo equivocarse; en verdad que con menos habria para morir.... ¡Ah! Vuestra Señoría ha sabido conducir bien el desafío con el conde!...

—¡Basta te digo! exclamó Lancaster con violencia. He venido para saber el nombre del padre de Susana; y lo sabré de grado ó fuerza.

— Muchas cosas hay como esa, que yo quisiera saber y que nadie me las dice, repuso Tyrrel friamente; por egemplo, quisiera saber cuál es la poderosa hada que os ha abierto las puertas de Bedlam....

Lancaster se puso en pie', y procurando guardar su tranquilidad dijo: creedme: no se gana dos veces en la jugada que en otro tiempo hicisteis contra el patibulo.

— Este es mi parecer, milord.

— Os doy mi palabra de caballero, repuso Brian, que si no me decis el nombre del padre de Susana, me voy á casa del magistrado al salir de aquí, y que....

— ¡Vuestra amenaza está mal cimentada, milord; pues no hay mucha certeza en que yo os deje salir de aquí!

— Entonces, maese Ismail, prevenid vuestro antídoto contra el dogal. He previsto lo que podia suceder.

Tyrrel cubrió repentinamente su semblante de esa máscara bondadosa é ingénua, con que lo hemos visto al principio de esta narracion. Amortiguáronse sus ojos brillantes y se fijaron tristes en el espacio, como ojos de ciego, y luego dijo humilde-

mente: Vuestra Señoría acaba de alcanzar una fácil victoria sobre un pobre hombre... dígnese V. S. tomar otra vez asiento.... Estoy enteramente á sus órdenes, y estoy dispuesto á decirle lo que con tanta ansia desea saber.

Brian volvió á sentarse. Miróle Tyrrel un instante con aire sumiso, y luego se encendieron gradualmente sus pupilas hasta tomar aquel brillo realmente diabólico bajo el cual temblaba en otro tiempo la pobre Susana. Al mismo tiempo sus labios delgados se levantaban en una sonrisa amarga y cruel.

—Por causa vuestra fui ahorcado, milord, dijo en voz baja y aguda, que hiriendo los oídos de Lancaster, le hizo estremecer los nervios. Hace mucho tiempo que si no fuera por vos yo seria rico, millonario.... ¡Susana era mi fortuna, y vos me la robasteis!... Sin duda habeis sabido tomar las debidas precauciones para libraros de mi puñal.... ¡He! milord, seria yo muy loco si os matase de otra manera diferente de la que pide vuestra fantasía.... Venis á buscar un nombre, que de pronto

no he querido deciros, para divertirme con vuestra angustia, para burlarme un poco de esa lucha natural con que la esperanza reta á vuestro temor.... Pues hay muchos dias que habeis adivinado ese nombre, milord!

Brian, pálido como un espectro, tenia la frente cubierta de sudor, jadeaba y balbuceó: ¡Por mi honor no puedo creer.... no!

— Mentis, caballero, repuso Tyrrel con horrorosa alegría, pues no tengo yo necesidad de pronunciar un nombre, que la conciencia os dice á gritos.... Y no os engañais: él es su padre, milord, ella es su hija, y vos no sereis jamás su esposo.

Prorumpió Brian en un sordo gemido, se levantó con esfuerzo y se encaminó hácia la puerta mientras que Tyrrel con falsa risa le dirigia estas últimas palabras: Sin embargo, habria medio de arreglar ese asunto, milord; abrazad mi religion... La ley de Moisés bendice esos matrimonios...

Brian apresuró el paso y huyó. Acercóse al coche y aunque abrió la portezuela no subió á él. Susana que iba á recibirle con

toda alegría dió un grito de terror á la vista de sus facciones trastornadas.

— ¡Milady! murmuró en voz quebrantada : ¡Susana! podeis marcharos.... en este momento no puedo venir.... ¡A Dios! En seguida hizo una seña al cochero que se inclinaba para recibir órdenes, y el coche partió.

Brian permaneció un instante clavado en el suelo; despues se le vió marchar ya echado á la derecha, ya á la izquierda por la afluencia de los pasajeros.

Era de noche cuando Susana recibió una carta firmada de Brian, la cual contenia solamente estas palabras: «No os volveré á ver mas, Susana, porque os amo y soy el hermano de vuestro padre. Olvidad que quizás hubiéramos sido felices. De lejos velaré por vos, y os daré un consuelo devolviéndoos vuestra madre.»

Susana leyó estas líneas con los ojos arrasados de lágrimas, y con el corazon lacerado cayó en los brazos de la condesa.

FIN DEL TOMO DUODÉCIMO.

Los Misterios

DE LOS REYES.

Tomo 21 de la Colección.

toda alegría con un grito de terror, y se afanaba en sus quejidos trastornados.

— ¡Milady! murmuró en voz quebrantada; ¿Susan podrá marcharse... en este momento no puede... ¡Dios! La segunda hizo una señal de silencio que se incluyó para recibir órdenes, y al toque partió.

Brian permaneció un instante clavado en el suelo; después se le vio marchar ya echado á la derecha, ya á la izquierda por la influencia de los pasajeros.

Era de noche cuando Susan recibió una carta firmada de Brian, la cual contenía solamente estas palabras: «No os volveré á ver más, Susana, porque sois mi y soy el hermano de vuestro padre. Olvidad que quizás habieramos sido felices. De ahora velaré por vos, y os dare un nombramiento desolviéndome vuestra madre.»

Susana leyó estas líneas con los ojos arrasados de lágrimas, y con el corazón herido cayó en los brazos de la vendedora.